

Marguerite Yourcenar

Alexis o el tratado del inútil combate

Título original: *Alexis ou le traité du vain combat*

PRÓLOGO

Alexis o El tratado del inútil combate se publicó en 1929. Es contemporáneo del momento en que un tema hasta entonces prohibido en literatura, encontraba por vez primera desde hacía siglos, su plena expresión escrita. Cerca de treinta y cinco años han transcurrido desde su publicación; durante este periodo las ideas, las costumbres sociales, las reacciones del público han ido modificándose, aunque menos de los que se cree. Algunas opiniones del autor han cambiado o hubieran podido hacerlo. Por lo tanto, he vuelto a abrir el Alexis después de este largo intervalo, no sin cierta inquietud: pensaba encontrarme con la necesidad de hacer algunos retoques a este texto, de hacer el balance de un mundo transformado.

Sin embargo, después de haber reflexionado mucho, estas modificaciones me han parecido inútiles, por no decir perjudiciales; salvo en lo que concierne a inadvertencias de estilo, he dejado este librito tal como estaba por dos razones que en apariencia se contradicen: una es el carácter muy personal de una confidencia que está unida estrechamente a un medio social, a una época y a un país hoy desaparecido de los mapas, impregnada de una vieja atmósfera de Europa central y francesa, en la que sería imposible cambiar algo sin que se transformara la acústica del libro; la segunda, al contrario, consiste en el hecho de que, viendo las reacciones que aún hoy provoca, este relato parece haber conservado su actualidad e incluso ser de utilidad para algunos.

Parece ser, en efecto, que aunque este tema, en otro tiempo considerado ilícito, haya sido abundantemente tratado por la literatura, incluso de forma abusiva, adquiriendo una especie de derecho de ciudadanía, el problema de Alexis sigue siendo hoy igual de angustioso y secreto que antaño. La facilidad relativa, tan diferente de la libertad verdadera, que reina sobre este punto en ciertos ambientes muy restringidos, no ha hecho otra cosa que crear en conjunto del público un malentendido o una prevención más. Basta con mirar atentamente a nuestro alrededor para darnos cuenta de que el drama de Alexis y Mónica continúa viviéndose y continuará sin duda haciéndolo mientras el mundo de las realidades sensuales siga cuajado de prohibiciones. Quizá las más peligrosas sean las del lenguaje, erizado de obstáculos, que evitan o rodean sin preocuparse demasiado la

mayoría de la gente, pero con los que tropiezan casi inevitablemente, los espíritus escrupulosos y los corazones puros. Las costumbres, aunque se diga lo contrario, han cambiado demasiado poco para que la idea central de esta novela haya envejecido mucho. Quizás no se haya reparado bastante en que el problema de la libertad sensual, en todas sus formas, es, en gran parte, un problema de libertad de expresión. Parece ser que, de generación en generación, las tendencias y los actos varían poco; por el contrario, lo que sí cambia, a su alrededor, es la extensión de la zona de silencio o el espesor de las capas de mentira. Esto no sólo es verdad tratándose de amores prohibidos: lo es en el interior mismo del matrimonio, en las relaciones sensuales entre esposos en donde la superstición verbal se ha impuesto de manera más tiránica. El escritor que trate de hablar con honradez de la aventura de Alexis, si elimina de su lenguaje las formas de la literatura fácil, que se suponen decorosas y que no son, en realidad, más que medio gazmoñas o medio verdes, apenas podrá escoger entre dos o tres procedimientos de expresión más o menos defectuosos e incluso inaceptables. Los términos del vocabulario científico, de formación reciente, destinados a pasarse de moda junto con las teorías que los apoyan, deteriorados por una vulgarización exagerada que pronto les quita sus cualidades de exactitud, sólo sirven para obras especializadas a las que van destinados. Estas «etiquetas» van en contra del objeto de la literatura, que es la individualidad en la expresión. La obscenidad, método literario que ha tenido en todo tiempo sus adeptos, es una técnica de choque que puede servir cuando se trata de forzar a un público mojigato o hastiado a mirar de frente aquello que no quiere ver o que, por exceso de costumbre, ya no ve. Su empleo también puede corresponder legítimamente a un afán de limpieza de las palabras, de esfuerzo por devolver a vocablos indiferentes entre sí, pero ensuciados y deshonorados por el uso, una especie de limpia y tranquila inocencia. Pero esta solución brutal sigue siendo una solución externa: el lector hipócrita tiende a aceptar la palabra incongruente como algo pintoresco, casi exótico, poco más o menos como hace un viajero de paso por una ciudad extranjera, permitiéndose visitar los bajos fondos. La obscenidad se agota rápidamente, forzando al autor que la utiliza a subirse cada vez más de tono. Esto es más peligroso para la verdad que los sobreentendidos de antaño. La brutalidad del lenguaje nos engaña sobre la banalidad del pensamiento y (salvo algunas grandes excepciones) sigue siendo compatible con cierto conformismo.

Una tercera solución puede ofrecerse al escritor: el empleo de esa lengua escueta, casi abstracta, que sirvió en Francia durante siglos a los predicadores, moralistas y también a los novelistas de la época clásica para tratar de lo que entonces llamaban «desvío de los sentimientos». Ese estilo tradicional del examen de conciencia se presta también a formular los innumerables matices de un asunto tan complejo por su naturaleza como la vida misma, que un Bourdaloue o un Massillon recurrieron a él para expresar la indignación o la censura, y un Laclous el libertinaje o la voluptuosidad. Por su misma discreción, ese lenguaje decantado me ha parecido convenir a la lentitud pensativa y escrupulosa de Alexis, a su esfuerzo paciente por liberarse eslabón tras eslabón de una cadena que él desata más que rompe, formada por la red de incertidumbres y coacciones en las que se encuentra metido; a su pudor, en el que hay respeto a la sensualidad; a su firme propósito de conciliar sin bajezas el espíritu y la carne.

Como todo relato escrito en primera persona, Alexis es ante todo el retrato de una voz. Había que dejarle a esa voz su propio registro, su propio timbre. No quitarle nada, por ejemplo, de sus inflexiones corteses que parecen de otra época (lo parecían ya hace casi treinta y cinco años), ni de sus acentos de ternura casi mimosa que quizás nos digan más sobre las relaciones entre Alexis y su joven esposa que sus mismas confidencias. También había que dejarle al personaje ciertas opiniones que al autor le parecen dudosas hoy en día, pero que conservan su valor de caracterización. Alexis explica sus inclinaciones como

consecuencia de una infancia puritana dominada completamente por las mujeres. Quizás sea un punto de vista exacto en lo que le concierne, importante para él desde el momento en que lo acepta pero que (incluso si también yo lo creí así en otros tiempos, cosa que no recuerdo) ahora me parece la clase de explicación destinada a introducir artificialmente en el sistema psicológico de nuestra época, unos hechos que quizás puedan prescindir de esta motivación. Ocurre lo mismo con la preferencia de Alexis por separar el amor del placer, su desconfianza hacia todo afecto que se prolongue demasiado. Es característica de un período que reacciona contra todo un siglo de exageración romántica: este punto de vista ha sido uno de los más extendidos en nuestro tiempo, cualesquiera que sean los gustos sensuales de los que lo expresan. Podríamos responderle a Alexis que la voluptuosidad apartada de esa manera corre el riesgo de convertirse también en aburrida rutina; más aún, podríamos decirle que hay un fondo de puritanismo en esa preocupación por separar el placer del resto de las emociones humanas, como si no mereciese ocupar un puesto a su lado.

Al dejar a su mujer, Alexis da como motivo de su partida la búsqueda de una libertad sexual más entera y menos llena de mentiras, y es cierto que ésta es la razón más decisiva; sin embargo, es probable que se mezclen otras motivaciones más difíciles de confesar tales como el deseo de escapar a una comodidad y a una respetabilidad artificiales, de las que Mónica ha llegado a ser, lo quiera o no, el símbolo vivo. Alexis adorna a su mujer con todas las virtudes, como si, al aumentar las distancias entre ambos, le fuese más fácil justificarse. A veces he pensado en componer una respuesta de Mónica que, sin contradecir en nada las confidencias de Alexis, nos aclarase ciertos puntos de esta aventura, dándonos una imagen de Mónica menos idealizada, pero más completa. He renunciado a ello de momento. No hay nada más secreto que una existencia femenina. El relato de Mónica sería seguramente más difícil de escribir que la confesión de Alexis.

Para los que hayan olvidado el latín que aprendieron en el colegio, habamos resaltar que el nombre del personaje principal (y por consiguiente el título del libro) está sacado de la segunda *Égloga* de Virgilio, Alexis, de la que, por las mismas razones, Gide tomó su famoso *Corydon* tan controvertido. Por otro lado, el subtítulo *El tratado del inútil combate* hace eco al *Tratado del inútil deseo*, obra un poco incolora de la juventud de André Gide. A pesar de ello, la influencia de Gide fue débil sobre Alexis: la atmósfera casi protestante y la preocupación por volver a examinar un problema sensual le vienen de otra parte. Lo que yo encuentro en más de una página (y quizás con exceso) es la influencia grave y patética de Rilke, al que una feliz casualidad me hizo conocer muy pronto. Generalmente nos olvidamos de la existencia de una especie de ley de difusión retardada que hace que los jóvenes cultos de 1860 leyeran a Chateaubriand más que a Baudelaire, y los de finales de siglo, a Musset más que a Rimbaud. En cuanto a mí, a quien, por otra parte no pretendo poner como modelo característico, he vivido mis años de juventud con una indiferencia relativa hacia la literatura contemporánea, debido en parte al estudio de la literatura del pasado (de tal forma que un Píndaro, por cierto bien torpe, precede en lo que podría llamarse mi producción, a este libro sobre Alexis) y en parte a una instintiva desconfianza de lo que podríamos llamar valores de moda.

Las grandes obras de Gide en las que, por fin, se trataba abiertamente del tema que me ocupa, no me eran conocidas más que de oídas; su efecto sobre Alexis consiste mucho menos en su contenido que en el revuelo que provocaron, en aquella especie de discusión pública que se organizó alrededor de un problema mantenido hasta entonces a puerta cerrada y que, ciertamente, me hizo más fácil abordar sin vacilaciones el mismo tema. Desde el punto de vista formal, la lectura de los primeros libros de Gide me fue utilísima al probarme que aún era posible emplear una forma puramente clásica de relato. Quizás, si no, me hubiera parecido demasiado exquisita o anticuada. Me evitó caer en la trampa

de la novela propiamente dicha, cuya composición exige de su autor una variedad de experiencia humana y literaria de la que yo carecía en aquella época. Lo que digo no tiene por objeto reducir la importancia de la obra del gran escritor, que fue también un gran moralista, y aún menos separar a este Alexis, escrito al margen de la moda por una mujer de veinticuatro años, de otras obras contemporáneas de intención más o menos semejante, sino al contrario, aportarles el apoyo de una confidencia espontánea y de un testimonio auténtico. Algunos temas se respiran en el aire de un tiempo; también están en la trama de una vida.

M.Y., 1963

Esta carta, amiga mía, será muy larga. He leído con frecuencia que las palabras traicionan al pensamiento, pero me parece que las palabras escritas lo traicionan todavía más. Ya sabes lo que queda de un texto después de dos traducciones sucesivas. Y además, no sé cómo arreglármelas. Escribir es una elección perpetua entre mil expresiones de las que ninguna me satisface y, sobre todo, no me satisface sin las demás. Yo debería saber, sin embargo, que sólo la música permite la coordinación de los acordes, una carta, incluso la más larga, nos obliga a simplificar lo que no debieras simplificarse: ¡nos expresamos siempre con tan poca claridad cuando tratamos de hacerlo de una forma completa! Yo quisiera hacer aquí un esfuerzo, no sólo de sinceridad, sino también de exactitud; estas páginas contendrán muchas tachaduras: ya las contienen. Lo que yo te pido (lo único que puedo aún pedirte) es que no saltes ninguna de estas líneas que me habrán costado tanto. Si es difícil vivir, es aún mucho más penoso explicar nuestra vida.

Quizás hubiera hecho mejor en no marcharme sin decir nada, como si me diera vergüenza o como si tú hubieras comprendido. Debería habértelo explicado en voz baja, muy lentamente, en la intimidad de una habitación, en esa hora sin luz en que se ve tan poco que casi nos atrevemos a confesarlo todo. Pero te conozco, amiga mía. Eres muy buena. En un relato como éste hay algo lastimero que te hubiera podido inducir a enternecerte; por haberte compadecido de mí, creerías haberme comprendido. Te conozco. Hubieras querido ahorrarme lo que tiene de humillante una explicación tan larga; me hubieras interrumpido demasiado pronto y, a cada frase, yo hubiera tenido la debilidad de esperar que me interrumpieras. También tienes otra cualidad (un defecto, quizás) de la que hablaré más adelante y de la que no quiero abusar más. Soy demasiado culpable para contigo y tengo que obligarme a establecer una distancia entre tu compasión y yo.

No se trata de mi arte. No acostumbras a leer los periódicos, pero amigos comunes han debido informarte de lo que llaman «mis éxitos», lo que viene a decir que mucha gente me alaba sin haberme oído y otros sin comprenderme. No se trata de eso. Se trata de algo no en verdad más íntimo (¿puede haber algo más íntimo que mi obra?) pero que me parece más íntimo porque lo he mantenido escondido. Sobre todo, se trata de algo más miserable. Pero ya lo ves: vacilo. Cada palabra que escribo me aleja un poco más de lo que yo quisiera expresar; esto prueba únicamente que me falta valor. También me falta sencillez. Siempre me ha faltado. Pero la vida tampoco es sencilla y no es mía la culpa. Lo único que me decide a continuar es la certeza de que no eres feliz. Nos hemos mentido tanto y hemos sufrido tanto con nuestras mentiras que no arriesgamos gran cosa tratando de encontrar la curación en la sinceridad.

Mi juventud, mi adolescencia más bien, fue absolutamente pura o lo que la gente conviene en llamar así. Sé que una afirmación semejante siempre se presta a sonrisas, porque prueba generalmente falta de clarividencia o falta de franqueza. Pero creo no equivocarme y estoy seguro de no mentir. Estoy seguro, Mónica. Yo era, a los dieciséis años, como tú deseas sin duda que sea Daniel a esa edad y déjame decirte que estás equivocada al desear una cosa así. Estoy persuadido de que es malo exponerse tan joven a tener que relegar toda la perfección de la que uno fue capaz entre los recuerdos de su más lejano pasado. El niño que yo fui, el niño de Woroïno, ya no existe, y toda nuestra existencia tiene por condición la infidelidad para con nosotros mismos. Es peligroso que nuestros mismos fantasmas sean precisamente los mejores, los más queridos, aquellos que más añoramos. Mi infancia está tan lejos de mí como la ansiedad de las vísperas de fiesta o como el entumecimiento de esas tardes demasiado largas en las que permanecemos sin hacer nada, pero deseando que ocurra algo. ¿Cómo puedo esperar recuperar aquella paz, si ni siquiera sabía darle un nombre? La he apartado de mí al darme cuenta de que no era todo mi «yo». Tengo que confesar en seguida que apenas estoy seguro de añorar esa ignorancia que llamamos paz.

¡Qué difícil es no ser injusto con uno mismo! Te decía antes que mi adolescencia había transcurrido sin turbaciones. Así lo creo. Me he inclinado con frecuencia sobre aquel pasado un poco pueril y tan triste. He tratado de recordar mis pensamientos, mis sensaciones, más íntimas que mis pensamientos y hasta mis sueños. Los he analizado para ver si descubría en ellos algún significado inquietante que se me hubiera escapado entonces y para estar seguro de no haber confundido la ignorancia del espíritu con la inocencia del corazón. Ya conoces los estanques de Woroiño: dices que parecen grandes pedazos de cielo gris caídos sobre la tierra, que se esforzarán por regresar en forma de niebla. De niño me daban miedo. Comprendía ya que todas las cosas tienen su secreto, los estanques como todo lo demás, que la paz, como el silencio, es sólo una superficie y que el peor de los engaños es el de la tranquilidad. Mi infancia, cuando la recuerdo, se me aparece como una idea de quietud al borde de una gran inquietud que sería después toda mi vida. Estoy pensando en algunas circunstancias, demasiado poco importantes para contarlas, en las que entonces no me fijé, pero en las que distingo ahora los primeros toques de alarma (estremecimientos de la carne y estremecimientos del corazón), como ese soplo de Dios del que hablan las Escrituras. Hay ciertos momentos de nuestra existencia en que somos, de manera inexplicable y casi aterradora, lo que llegaremos a ser más tarde. ¡Me parece, amiga mía, haber cambiado tan poco! El olor de la lluvia entrando por una ventana abierta, un bosque de álamos bajo la bruma, una música de Cimarose que las viejas señoras me hacían tocar porque, imagino, les recordaba su juventud, incluso una clase particular de silencio que no he encontrado más que en Woroiño, bastan para borrar tantos pensamientos, tantos acontecimientos y penas que me separan de la infancia. Casi podría admitir que el intervalo no ha durado ni una hora, que sólo se trata de uno de esos períodos de semisueño en los que yo caía con frecuencia en aquella época, durante los cuales la vida y yo no teníamos tiempo para modificarnos mucho. Sólo tengo que cerrar los ojos: todo está exactamente igual que entonces. Me encuentro, como si nunca me hubiera dejado, con aquel muchacho tímido, muy dulce, que no creía tener que ser compadecido y que se me parece tanto que sospecho, injustamente quizás, que pudo parecerseme en todo.

Me contradigo, ya lo veo. Sin duda ocurre como con los presentimientos, uno se figura haberlos tenido porque hubiera debido tenerlos. La consecuencia más cruel de lo que esforzaré en llamar nuestras culpas (aunque solo sea para amoldarnos al uso) es que contaminan hasta el recuerdo del tiempo en que no nos habíamos cometido. Esto es, precisamente, lo que me inquieta; porque, en fin, si me equivoco, no puedo saber en qué, y nunca decidiré si mi inocencia de entonces era menor de lo que yo antes aseguraba o bien si soy ahora menos culpable de lo que pienso.

No necesito decirte que éramos muy pobres. Hay algo patético en los apuros económicos de las viejas familias nobles, que parecen continuar viviendo sólo por fidelidad. Sin duda me preguntarás a qué: a la casa, supongo, a los antepasados o simplemente a lo que en otros tiempos han sido. La pobreza, Dios mío, no tiene mucha importancia para un niño; tampoco la tenía para mi madre ni para mis hermanas, porque todo el mundo nos conocía y nadie nos creía más ricos de lo que éramos. Aquellos ambientes tan cerrados de entonces tenían esas ventajas: consideraban menos lo que eras que lo que habías sido. El pasado, por poco que uno piense, es algo infinitamente más estable que el presente, por lo que parece de una consecuencia mucho mayor. No nos prestaban más atención de la que nos hacía falta; lo que estimaban en nosotros era un cierto capitán general, que vivió en época muy remota, de la que nadie, siglo más o menos, recordaba la fecha. Me doy cuenta también de que la fortuna de mi abuelo y las distinciones obtenidas por mi bisabuelo eran a nuestros ojos unos hechos mucho más importantes, incluso mucho más reales que nuestra propia existencia. Esta forma anticuada de ver las cosas te hará probablemente sonreír. Reconozco que se pueden ver de otra forma completamente opuesta y también razonable, pero, en fin,

aquella nos ayudaba a vivir. Como nada podía impedir que fuéramos los descendientes de aquellos personajes casi legendarios, nada podía impedir tampoco que continuaran honrándolos en nosotros; eran la única parte de nuestro patrimonio verdaderamente inalienable.

Nadie nos reprochaba tener menos dinero ni menos crédito del que ellos habían tenido. Era natural. Querer igualarnos a aquellas gentes célebres hubiera tenido no sé qué de inoportuno, como una ambición fuera de lugar.

El coche que nos llevaba a la iglesia hubiera parecido anticuado en cualquier otro sitio que no fuera Woroiño, pero pienso que allí, un coche nuevo hubiera chocado mucho más y si los vestidos de mi madre duraban demasiado tiempo, nadie se daba cuenta. Nosotros, los Gera, no éramos, por así decirlo, más que el final de un linaje en aquel viejísimo país de bohemia del Norte. Hubiera podido creerse que nosotros no existíamos, que unos personajes invisibles, pero mucho más imponentes, continuaban llenando con su imagen los espejos de nuestra casa. No pienses que trato de ser efectista, sobre todo al final de una frase, pero podría decirse que en las viejas familias nobles son los vivos los que parecen la sombra de los muertos.

Tienes que perdonarme por entretenerme tanto hablando de ese Woroiño de antaño, porque lo he querido mucho. Es una debilidad, no lo dudo, y no deberíamos encariñarnos con nada, por lo menos de una forma especial. Y no es que allí fuéramos muy felices; al menos, la alegría no habitaba en nuestra casa. No creo recordar ninguna risa, ni siquiera una risa de jovencita que no fuera una risa apagada. No se acostumbra a reír mucho en las viejas familias. Terminamos incluso por acostumbrarnos a hablar sólo en voz baja, como si temiéramos despertar recuerdos que deben dormir en paz. Pero tampoco éramos desgraciados y debo decir también que nunca oí llorar; sólo que éramos un poco tristes. Dependía de nuestro carácter más que de las circunstancias y todo el mundo, alrededor mío, admitía que se puede ser feliz sin dejar de estar triste.

La casa era entonces igual que ahora: blanca, toda columnas y ventanas, de un gusto francés que prevaleció en la época de Catalina, pero entonces estaba mucho más desvencijada que hoy, puesto que fue reparada gracias a ti, cuando nos casamos. No te será difícil imaginar cómo estaba entonces: recuerda el estado en que se encontraba cuando viniste por primera vez. Seguramente no fue construida para vivir en ella una vida monótona, supongo que la mandó construir alguno de mis abuelos con ansias de lujo, para organizar en ella fiestas (en los tiempos en que se organizaban fiestas). Todas las casas del siglo dieciocho son así: parecen haber sido construidas para recibir a los invitados y nosotros somos como visitantes que se encuentran incómodos. Por más que hiciéramos, aquella casa era demasiado grande y siempre hacía demasiado frío. Creo también que no era muy sólida y es cierto que la blancura de las casas como la nuestra, tan desolada bajo la nieve, nos hace pensar en la fragilidad. Se comprende que fueron concebidas para países de clima mucho más cálido y por gentes que se tomaban la vida con más tranquilidad. Pero ahora sé que esta casa de apariencia frágil, que parece haber sido hecha para resistir sólo un verano, durará infinitamente más que nosotros, y quizás más que toda nuestra familia. Puede que algún día vaya a parar a manos extrañas; le será indiferente, porque las casas tienen su vida particular que nosotros no entendemos y la nuestra les importa muy poco.

Vuelven a mi memoria unos rostros serios, un poco cansados, rostros pensativos de mujeres en unos salones demasiado claros. Aquel antepasado del que antes te hablaba, había querido que las habitaciones fueran espaciaosas para que la música sonara en ellas mejor. Le gustaba la música. En mi familia no se hablaba de él con frecuencia; preferían no decir nada; se sabía que había dilapidado una gran fortuna y quizás le guardaban rencor por ello o bien había algo más. Después venía mi abuelo; se había arruinado en la época de la reforma agraria; era liberal; tenía ideas que podían haber sido muy buenas, pero que lo

habían empobrecido y la gestión de mi padre también fue deplorable. Mi padre murió joven. Lo recuerdo muy poco; sé que era severo con nosotros, como lo son a veces las personas que se reprochan no haberlo sido con ellas mismas. Naturalmente, esto es sólo una suposición y yo no sé nada en realidad, acerca de mi padre.

Me he dado cuenta de una cosa, Mónica: dicen que en las casas viejas siempre hay algún fantasma; yo nunca vi ninguno y, sin embargo, era un niño miedoso. Quizás comprendiese ya que los fantasmas son invisibles porque los llevamos dentro. Pero lo que hace que las casas viejas nos resulten inquietantes no es que haya fantasmas, sino que podría haberlos.

Creo que aquellos años de infancia han determinado mi vida. Aunque tengo otros recuerdos más cercanos, más diversos, quizás mucho más definidos, parece como si esas impresiones nuevas, al ser menos monótonas, hubieran tenido menos tiempo para dejar huella en mí. Todos somos distraídos porque tenemos nuestros sueños; sólo la continua repetición de las cosas termina por impregnarnos de ellas. Mi infancia fue solitaria y silenciosa; me hizo tímido y por consiguiente, taciturno.

¡Cuando pienso que hace casi tres años que te conozco y que me atrevo a hablarte por primera vez! Y eso porque lo hago por carta y porque es necesario. Es terrible que el silencio pueda llegar a ser culpable.

Es la más grave de todas mis culpas, pero, en fin, la he cometido. Pequé de silencio ante ti y ante mí. Cuando el silencio se instala dentro de una casa, es muy difícil hacerlo salir; cuanto más importante es una cosa, más parece que queremos callarla. Parece como si se tratara de una materia congelada, cada vez más dura y *masiva*: la vida continúa por debajo, sólo que no se la oye. Woroiño estaba lleno de un silencio que parecía cada vez mayor y todo silencio está hecho de palabras que no se han dicho. Quizás por eso me hice músico. Era necesario que alguien expresara aquel silencio, que le arrebatara toda la tristeza que contenía para hacerlo cantar. Era preciso servirse para ello, no de palabras, siempre demasiado precisas para no ser crueles, sino simplemente de la música, porque la música no es indiscreta y cuando se lamenta no dice por qué. Se necesitaba una música especial, lenta, llena de largas reticencias y sin embargo verídica, adherida al silencio para acabar por meterse dentro de él. Esa música ha sido la mía. Ya ves que no soy más que un intérprete, me limito a traducir. Pero sólo traducimos nuestras emociones: siempre hablamos de nosotros mismos.

En el pasillo que conducía a mi habitación, había un grabado moderno que a nadie interesaba. Era, pues, sólo mío. No sé quién lo habría puesto allí; lo he visto después en una casa de tanta gente que se dice artista que he terminado por aborrecerlo, pero entonces lo contemplaba con frecuencia. Representaba a unos personajes que miraban a un músico y yo sentía casi terror ante las caras de aquellos seres a quienes la música parecía revelar algo. Tendría unos trece años: puedo asegurarte que ni la música ni la vida me habían revelado nada todavía. Por lo menos, yo lo creía así. Pero el arte expresa las pasiones con un lenguaje tan hermoso, que hace falta más experiencia de la que yo tenía entonces para comprender lo que quieren decir. He vuelto a leer las pequeñas composiciones que yo escribía en aquellos tiempos: son razonables y mucho más infantiles de lo que eran mis pensamientos. Siempre ocurre así: nuestras obras representan un período de nuestra existencia que hemos pasado ya, en la época en que las escribimos.

La música me ponía en un estado de entumecimiento muy agradable, un poco singular. Parecía como si todo se inmovilizara, salvo el latir de las arterias; como si la vida hubiera huido de mi cuerpo y fuera muy bueno estar tan cansado. Era un placer, era casi un sufrimiento. Durante toda mi vida he pensado que el placer y el sufrimiento son dos sensaciones muy parecidas; supongo que cualquier persona e naturaleza reflexiva pensará igual. También recuerdo mi sensibilidad particular al tacto: hablo de la sensibilidad inocente como, por ejemplo, tocar un tejido suave, el cosquilleo de las pieles que parecen

algo vivo o la epidermis de un fruto. No hay en ello nada reprochable. Estas sensaciones eran demasiado corrientes para extrañarme mucho; no nos interesa lo que nos parece sencillo. Yo les prestaba emociones más profundas a los personajes de mi grabado, puesto que no eran niños. Los suponía participantes de un drama. Somos todos iguales: le tenemos miedo al drama, pero a veces somos lo bastante románticos para desear que ocurra y no nos damos cuenta de que ha empezado ya.

También había un cuadro que representaba un hombre tocando el clavecín; paraba de tocar para escuchar su vida. Era una copia muy antigua de una pintura italiana. Creo que el original es célebre, pero no sé su nombre; ya sabes que soy muy ignorante. No me gustan mucho las pinturas italianas, pero aquella me gustaba. Claro que no estoy aquí para hablarte de pintura.

Quizás no valiera gran cosa. La vendieron cuando empezó a escasear el dinero, junto con algunos muebles viejos y unas antiguas cajas de música esmaltadas, que no sabían tocar más que una sola melodía y que se saltaban siempre la misma nota. Algunas contenían una marioneta. Al darles cuerda, la muñequita daba unas cuantas vueltas a la derecha y otras a la izquierda, después, se paraba. Era delicioso. Pero no estoy aquí para hablarte de marionetas.

Lo confieso, Mónica, creo que hay demasiada complacencia hacia mí en estas páginas, pero tengo tan pocos recuerdos que no sean amargos, que tienes que perdonarme por entretenerme tanto hablando de los que sólo son tristes. No me guardes rencor por referirte con detenimiento los pensamientos de un niño que sólo yo conozco. Te gustan los niños. Confieso que, quizás sin darme cuenta, espero disponerte así a la indulgencia desde el principio, en este relato que va a requerir mucha de ti. Trato de ganar tiempo: es natural. No obstante, hay algo ridículo en rodear de frases una confesión que debería ser sencilla: sonreíría, si pudiera sonreír. Es humillante pensar que tantas aspiraciones confusas, tantas emociones (sin contar los sufrimientos) tienen una explicación fisiológica. Al principio, esta idea me avergonzaba, pero luego terminó por tranquilizarme. También la vida no es más que un secreto fisiológico. No veo por qué el placer tiene que ser despreciable por ser sólo una sensación, cuando el dolor también lo es. Respetamos al dolor porque no es voluntario, pero ¿acaso no es una incógnita saber si el placer lo es o si no lo sufrimos también? Y aunque no fuera así, el placer escogido libremente no me parecería por ello más culpable. Pero no es éste el momento de hacerse todas estas preguntas.

Presiento que lo que estoy escribiendo se hace cada vez más confuso. Seguramente me bastaría para hacerme comprender, con emplear unos términos precisos, que ni siquiera son indecentes porque son científicos. Pero no los emplearé. No creas que les tengo miedo: no se debe tener miedo a las palabras, cuando se ha consentido en los hechos. Sencillamente, no puedo. No puedo, no sólo por delicadeza y porque me dirijo a ti, sino porque tampoco puedo ante mí mismo. Sé que hay nombres para todas las enfermedades y aquello de lo que quiero hablarte pasa por ser una enfermedad. Yo mismo lo creía sí durante mucho tiempo. Pero no soy médico y ni siquiera estoy seguro de ser un enfermo. La vida, Mónica, es más compleja que todas las definiciones posibles; toda imagen simplificada corre el riesgo de ser grosera. No creas tampoco que apruebo a los poetas por evitar los términos exactos, ya que sólo saben hablar de sus sueños. Hay mucha verdad en los sueños de los poetas, pero no toda la vida está contenida en ellos. La vida es algo más que la poesía, algo más que la fisiología e incluso que la moral en la que he creído tanto tiempo. Es todo eso y es mucho más: es la vida. Es nuestro único bien y nuestra única maldición. Vivimos, Mónica. Cada uno de nosotros tiene su vida particular, única, marcada por todo el pasado sobre el que no tenemos ningún poder y que a su vez nos marca, por poco que sea, todo el porvenir. Nuestra vida. Una vida que sólo a nosotros pertenece, que no viviremos más que una vez y que no estamos seguros de comprender del todo. Y lo que digo aquí sobre una vida

«entera», podría decirse en cada momento de ella. Los demás ven nuestra presencia, nuestros ademanes, nuestra manera de formar las palabras con los labios: sólo nosotros podemos ver nuestra vida. Es extraño: la vemos, nos sorprende que sea como es y no podemos hacer nada para cambiarla. Incluso cuando la estamos juzgando estamos perteneciéndole; nuestra aprobación o nuestra censura forman parte de ella; siempre es ella la que se refleja en ella misma. Porque no hay nada más: el mundo sólo existe, para cada uno de nosotros en la medida en que confine a nuestra vida. Y los elementos que la componen son inseparables: sé muy bien que los instintos que nos enorgullecen y aquellos que no queremos confesar tienen, en el fondo, un origen común. No podríamos suprimir ni uno de ellos sin modificar todos los demás. Las palabras sirven a tanta gente, Mónica, que ya no le convienen a nadie; ¿cómo podría un término científico explicar una vida? Ni siquiera explica lo que es un acto; lo nombra y lo hace siempre igual; sin embargo, no hay dos hechos idénticos en vidas diferentes, ni quizás a lo largo de una misma vida. Después de todo, los hechos son sencillos; es fácil contarlos; puede que ya lo sospeches. Pero aunque lo supieras todo, aún me quedaría explicarme a mí mismo.

Esta carta es una explicación, no quisiera que fuera una apología. No estoy tan loco como para desear que me apruebes, ni siquiera que me admitas: sería demasiado exigir. Sólo deseo ser comprendido. Ya me doy cuenta de que viene a ser lo mismo y que es mucho lo que te pido. Pero me has dado tanto en las cosas pequeñas que casi no tengo derecho a esperar tu comprensión en las grandes.

No quiero que me imagines más solitario de lo que era. A veces tenía amigos, chicos de mi edad, quiero decir. Generalmente, en épocas de fiestas, cuando venía mucha gente, también llegaban algunos niños que yo no conocía. O bien, en los aniversarios, cuando íbamos a casa de algunos parientes lejanos que parecían existir sólo un día al año, puesto que sólo pensábamos en ellos ese día. Casi todos aquellos niños eran tímidos, como yo, o sea que no nos divertíamos. Había algunos descarados, tan revoltosos que todos estábamos esperando que se fueran, y otros que no lo eran menos, pero que, aunque nos atormentaran, no protestábamos porque eran hermosos y su voz sonaba bien. Ya te dije que yo era un niño muy sensible a la belleza y los placeres que nos procura merecen toda clase de sacrificios e incluso de humillaciones. Yo era humilde por naturaleza. Creo que me sometía a toda clase de tiranías con delicia. Me resultaba muy dulce ser menos hermoso que mis amigos; me sentía feliz viéndolos; no imaginaba nada más. Era feliz queriéndolos y no pensaba siquiera en desear su cariño. El amor (perdóname) es un sentimiento que no he vuelto a experimentar desde entonces; se necesitan demasiadas virtudes para ser capaz de amar; me extraña que en mi infancia haya podido creer en una pasión tan vana, casi siempre engañosa y que no es necesaria ni siquiera para la voluptuosidad. Pero el amor en los niños forma parte de su candor: se figuran que aman porque no sospechan que desean. Aquellas amistades no eran frecuentes, quizás por eso fueron siempre inocentes. Mis amigos se marchaban o bien éramos nosotros los que regresábamos a casa: la vida solitaria volvía a formarse a mi alrededor. Pensaba escribirles alguna carta, pero me sentía tan poco capaz de evitar las faltas de ortografía que no las enviaba. Además, no sabía qué decir. Los celos son un sentimiento censurable, pero hay que perdonar a los niños que los sienten puestos que tantas personas razonables han sido víctimas suyas. He sufrido mucho con los celos, aunque no lo confesara: empezaba ya a tener miedo de ser culpable. En fin, lo que te estoy contando es muy pueril: todos los niños han conocido pasiones semejantes y no hay razón ¿verdad? para ver en ello un peligro muy grave.

He sido educado por mujeres. Yo era el hijo más pequeño de una familia numerosa; era de naturaleza enfermiza; mi madre y mis hermanas no eran muy felices: varias razones para que me quisieran mucho. Hay tanta bondad en el cariño de las mujeres que, durante largo tiempo, he creído tener que darle gracias a Dios. Nuestra vida, tan austera, era fría en

apariencia: teníamos miedo de mi padre, más tarde de mis hermanos mayores. Nada nos acerca tanto a otros seres como el tener miedo juntos. Ni mi madre, ni mis hermanas, eran muy expansivas. Su presencia era como esas lámparas bajas, muy suaves, que alumbran apenas pero cuya luz difuminada impide la oscuridad y que nos sentimos solos. Nadie se figura lo tranquilizador que es, para un niño inquieto como yo era entonces, el cariño apacible de las mujeres. Su silencio, sus palabras sin importancia llenas de paz interior, sus ademanes familiares que parecen amansar las cosas; sus caras sin relieve, pero tranquilas y que, sin embargo, se parecían tanto a la mía, me han enseñado la veneración. Mi madre murió muy pronto. Tú no has conocido; la vida y la muerte me arrebataron también a mis hermanas, pero entonces eran tan jóvenes que podían parecer hermosas. Creo que todas ellas llevaban ya su amor dentro, igual que más tarde, una vez casadas, llevarían a su hijo o a la enfermedad que las haría morir. No hay nada más conmovedor que los sueños de las jovencitas en los que tantos instintos dormidos se expresan vagamente; tienen una belleza patética, porque se gastan en vano y la vida no permitirá su realización. Debo decir que muchos de aquellos amores eran muy imprecisos: se trataba de jóvenes de la vecindad y ellos no lo sabían. Mis hermanas eran muy reservadas, rara vez se hacían confidencias unas a otras. Incluso llegaban a ignorar lo que sentían. Naturalmente, yo era demasiado pequeño para que confiaran en mí, pero yo las adivinaba, me asociaba con sus penas. Cuando el que ellas amaban entraba de improviso, mi corazón latía quizás más fuerte que el de ellas. Pienso que es peligroso, para un adolescente muy sensible como yo era entonces, aprender a ver el amor a través de los sueños de las jovencitas, incluso cuando son puras y él cree serlo también.

Por segunda vez, estoy al borde de la confesión: vale más que me decida enseguida y con toda sencillez. Mis hermanas, lo sé, tenían amigas que convivían familiarmente con nosotros y de las que me sentía casi hermano. Por lo tanto, nada parecía impedir que yo me enamorase de alguna de aquellas jóvenes y quizás tú misma encuentres singular que no fuera así. Justamente, era imposible. Una intimidad tan familiar, tan reposada, apartaba de mí la curiosidad y la inquietud del deseo, suponiendo que yo hubiera sido capaz de sentirlo. No creo que la palabra veneración sea excesiva cuando me refiero a una mujer buena. Lo creo cada vez menos; sospechaba ya entonces (incluso exagerándolo) lo que tienen de brutal los gestos físicos del amor y me hubiera repugnado unir aquellas imágenes de vida doméstica, razonable, perfectamente austera y pura a otras ideas más apasionadas. No se siente pasión por lo que se respeta ni quizás por lo que se ama. Sobre todo, no se enamora uno de quien se le parece y yo no difería mucho de las mujeres. Tu mérito, amiga mía no está sólo en poder comprenderlo todo, sino en comprenderlo antes de habértelo dicho. Mónica ¿me entiendes?

No sé cuando lo comprendí yo mismo. Algunos detalles que no puedo darte me confirman que haría falta remontar muy atrás, hasta los primeros recuerdos que conservo, y que los sueños son a veces precursores del deseo. Pero un instinto no es todavía una tentación: la hace posible solamente. Antes, te habré dado la sensación de querer explicar mis inclinaciones en razón de influencias exteriores: seguramente, contribuyeron a fijarlas, pero me doy cuenta de que las verdaderas razones son siempre las más íntimas, mucho más oscuras y las entendemos mal porque se esconden dentro de nosotros. No basta con tener ciertos instintos para que esto nos aclare su causa y después de todo, nadie podrá explicarla totalmente. Así que no insistiré. Únicamente quisiera demostrar que mis instintos, justamente porque eran naturales en mí, podían desarrollarse durante largo tiempo sin que yo me diera cuenta. La gente que habla de oídas se equivoca casi siempre, porque sólo ven lo de fuera y lo ven de una forma grosera. No se figuran que los actos que juzgan reprobables puedan ser al mismo tiempo fáciles y espontáneos, como lo son la mayoría de los actos humanos. Echan la culpa a los malos ejemplos, al contagio moral y sólo retroceden

ante la dificultad de explicarlos. No saben que la naturaleza es más diversa de lo que suponemos: no quieren saberlo porque les es más fácil indignarse que pensar. Elogian la pureza, pero no saben cuánta turbiedad puede contener la pureza. Ignoran, sobre todo, el candor de la culpa. Entre los catorce y quince años, yo tenía menos amigos que antes porque me había vuelto más huraño. No obstante (ahora me doy cuenta) estuve a punto de ser feliz una o dos veces de una forma inocente. No explicaré las circunstancias que me lo impidieron: es demasiado delicado y tengo tantas cosas que decir que no me quiero entretener hablando de circunstancias.

Los libros hubieran podido aclararme muchas cosas. He oído recriminar su influencia muchas veces. Sería muy fácil para mí hacerme la víctima, quizás mi caso pareciera así más interesante, pero la verdad es que los libros no han tenido ninguna influencia sobre mí. Nunca me han gustado los libros. Cuando los abres, estás esperando alguna revelación trascendental, y cuando los cierras, te sientes desilusionado. Además, habría que leerlo todo y no bastaría con toda una vida. Los libros no contienen la vida, sólo contienen sus cenizas. Supongo que le llaman a eso la experiencia humana. En casa había una gran cantidad de volúmenes antiguos, en una habitación donde no entraba nadie. La mayoría eran libros piadosos, impresos en Alemania, llenos de aquel misticismo moravo que tanto gustaba a mis abuelas. A mí también me gustaban aquella clase de libros; los amores que nos pintan tienen los mismos transportes y arrebatos que cualquier otro amor, pero sin el remordimiento: puede uno abandonarse a ellos sin temor. También había algunas otras obras muy diferentes, la mayoría escritas en francés, en el siglo dieciocho y que no se suelen dejar en manos de los niños. Pero no me gustaban. Sospechaba ya entonces que la voluptuosidad es un tema muy serio: se debe hablar con seriedad de aquello que nos puede hacer sufrir. Recuerdo algunas de las páginas que hubieran podido despertar mis instintos, pero que yo saltaba con indiferencia porque las imágenes que me ofrecían eran demasiado precisas; es una mentira pintarlas desnudas, ya que las vemos siempre envueltas en una nube de deseo. No es verdad que los libros nos tienten, ni tampoco los acontecimientos, puesto que sólo lo hacen cuando nos llega la hora o el tiempo en que cualquier cosa hubiera sido para nosotros una tentación. Tampoco es verdad que algunas precisiones brutales nos informen sobre el amor; no es fácil reconocer, en la simple descripción de un gesto o de un movimiento, la emoción que más tarde producirá en nosotros.

El sufrimiento es uno. Se habla del sufrimiento como se habla del placer, pero se habla de ellos cuando ya nos dominan. Cada vez que entran en nosotros, nos sorprenden como una sensación nueva y tenemos que reconocer que los habíamos olvidado. Son diferentes porque nosotros también lo somos: les entregamos cada vez un alma y un cuerpo modificados por la vida. Y sin embargo, el sufrimiento no es más que uno. No conoceremos de él, como no conoceremos del placer, más que algunas formas, siempre las mismas, de las que estamos presos. Habría que explicar esto: nuestra alma, supongo, no tiene más que un teclado restringido y aunque la vida se empeñe en hacerlo sonar, sólo podrá obtener dos o tres pobres notas. Recuerdo la atroz insipidez de algunas tardes en que me apoyaba sobre las cosas como para abandonarme, mis excesos musicales, mi necesidad enfermiza de perfección moral; quizás no fueran más que la transposición del deseo. También recuerdo algunas lágrimas derramadas cuando no había porque llorar; reconozco que todas mis experiencias sobre el dolor estaban ya contenidas en la primera. He podido sufrir más, pero no he sufrido de manera diferente, y por otra parte, cada vez que sufrimos, creemos que nuestro sufrimiento es mayor que la primera vez. Pero el dolor no nos enseña nada sobre sus causas. Si yo hubiera creído algo, hubiera creído estar enamorado de una mujer. Sólo que no imaginaba de quién.

Me enviaron a Presburgo. Mi salud no era muy buena; se habían manifestado molestias nerviosas y todo ello había retrasado mi partida. Pero la instrucción que yo había recibido

en casa ya no era suficiente y pensaban que mi afición a la música hacía que se retrasaran mis estudios. La verdad es que no eran muy brillantes. No fueron mejores en el colegio: fui un alumno muy mediocre. Por otra parte, mi estancia en aquella academia fue extremadamente breve. Pasé en Presburgo poco menos de dos años. Pronto te diré por qué. Pero no vayas a imaginarte aventuras extrañas: no pasó nada, o por lo menos, no me ocurrió nada a mí.

Tenía dieciséis años. Siempre había vivido metido dentro de mí mismo. Los largos meses que pasé en Presburgo me enseñaron a ver la vida, es decir, la vida de los demás. Fue por lo tanto, una época penosa. Cuando vuelvo mi memoria hacia ella veo un muro grande y grisáceo, la tristeza de las camas puestas en fila, el despertar matinal lleno de frío de la madrugada, cuando la carne se siente miserable y la existencia es regular, insípida y desalentadora como un alimento ingerido a la fuerza. La mayoría de mis condiscípulos pertenecían a ala misma clase social que yo, y ya conocía a algunos de entre ellos. Pero la vida en común desarrolla la brutalidad. Me sentía herido por sus juegos, sus costumbres y su lenguaje. No hay nada más cínico que la conversación de dos adolescentes, sobre todo cuando son castos. Muchos de mis compañeros vivían con una especie de obsesión de la mujer, quizás menos censurable de lo que yo imaginaba, pero que ellos expresaban de una manera baja y soez. Durante os paseos colectivos, habíamos apercibido algunas criaturas que podrían inducir a lástima, pero que preocupaban mucho a los mayores de mis compañeros; a mí me causaban una repugnancia extraordinaria. Me había acostumbrado a pensar en las mujeres rodeándolas de todos los prejuicios del respeto y las odiaba cuando ya no eran dignas de él. Mi educación severa lo explicaba en parte, pero me temo que hubiera algo más en esa repulsión: no era sólo una simple prueba de inocencia. Tenía ilusión de pureza. Sonríó pensando que nos ocurre así muy a menudo: nos creemos puros cuando en realidad deseamos lo que estamos despreciando.

No le echo ninguna culpa a los libros; tampoco acuso a los malos ejemplos, aún menos. Sólo creo en las tentaciones interiores. No niego que algunos ejemplos me trastornaron, pero no de la forma que te imaginas. Me sentí aterrorizado. No digo que me indignase, es un sentimiento demasiado sencillo. Creí estar indignado. Yo era escrupuloso y estaba lleno de eso que llaman buenos sentimientos. Le concedía una importancia casi enfermiza a la pureza física probablemente porque, sin yo saberlo, también se la concedía a la carne. La indignación me parecía, por lo tanto, natural y además necesitaba un nombre para designar lo que sentía. Ahora sé que era miedo. Siempre había tenido miedo, un miedo indeterminado, incesante, miedo de algo que debía ser monstruoso y paralizarme de antemano. Desde entonces, el objeto de ese miedo se precisó. Era como si acabara de descubrir una enfermedad contagiosa que se fuera extendiendo a mi alrededor y que, aunque yo me afirmase lo contrario, sentía que podía alcanzarme. Antes sabía confusamente que existían aquellas cosas, pero no me las figuraba así o bien (puesto que tengo que decirlo todo) el instinto, en la época de mis lecturas, estaba menos agudizado. Me imaginaba todo aquello a la manera de hechos un poco vagos, que habían ocurrido en otros tiempos o en sitios lejanos, pero que no tenían para mí ninguna realidad. Ahora los estaba viendo por todas partes. Por la noche, en mi cama, sofocaba pensándolo y creía sinceramente que sofocaba de asco. Ignoraba que el asco es una de las formas de la obsesión y que, si deseamos algo, es más fácil pensar en ello con horror que no pensar. Pensaba en ello continuamente. La mayoría de los chicos de quien yo sospechaba quizás no fueran culpables, pero yo terminaba por sospechar de todo el mundo. Tenía por costumbre hacer examen de conciencia: hubiera debido sospechar de mí mismo. Naturalmente, no lo hice. Me era imposible creer, sin prueba material alguna, que yo estaba al mismo nivel. Todavía pienso que difería de los demás.

Un moralista no vería ninguna diferencia. Sin embargo, me parece que yo no era como ellos, e incluso que valía un poco más. Primero, porque sentía escrúpulos y ellos no, con toda seguridad; luego, porque yo amaba la belleza, la amaba con exclusividad y eso hubiera limitado mi elección, lo que no era su caso. En fin, porque yo era más difícil de satisfacer o, si se quiere, más refinado. Fueron incluso estos razonamientos los que me engañaron. Tomé por virtud lo que no era más que delicadeza y las escenas que presencié por casualidad, me hubieran chocado menos si los protagonistas hubieran sido más hermosos.

A medida que la existencia en común se me hacía más penosa, más sufría por encontrarme sentimentalmente solo. Por lo menos, atribuía mi sufrimiento a una causa sentimental. Todo me irritaba; creía que sospechaban de mí como si ya fuera culpable; el pensamiento, que no me dejaba en paz me envenenó toda clase de contactos. Me puse enfermo. En fin, más vale decir que me puse peor, porque enfermo, lo estaba siempre un poco.

No fue una enfermedad muy grave. Fue mi enfermedad, la de siempre, la que continuaría padeciendo, porque cada uno de nosotros tiene su enfermedad particular al igual que su higiene o su salud y es difícil precisarla del todo. Fue una enfermedad bastante larga: duró varias semanas. Como pasa siempre, me devolvió un poco de calma. Las imágenes que me habían obsesionado durante la fiebre desaparecieron con ella. Sólo me quedó una vergüenza confusa, parecida al mal gusto que deja el ataque y el recuerdo se borró de mi memoria oscurecida. Entonces, como las ideas fijas sólo desaparecen cuando son reemplazadas por otras, vi crecer lentamente mi segunda obsesión: la tentación de la muerte. Siempre me ha parecido muy fácil morir. Mi forma de concebir la muerte apenas difería de lo que yo imaginaba sobre el amor: la veía como un desfallecimiento, una derrota que sería muy dulce. Desde aquel día toda mi existencia oscila entre esas dos obsesiones: una me cura de la otra, pero no hay ningún razonamiento capaz de curarme de las dos a la vez. Estaba acostado en una cama de la enfermería: miraba a través de los cristales, el muro gris del patio de enfrente y las voces roncadas de los niños subían hasta mí. Yo me decía que la vida sería siempre como aquel muro gris, aquellas voces roncadas y aquel malestar producido por mi turbación oculta. Me decía que nada valía la pena y que sería muy cómodo no vivir. Y lentamente, como una especie de respuesta que yo me daba a mí mismo, una música se elevaba dentro de mí. Al principio era una música fúnebre, pero pronto ya no se la podía llamar así porque la muerte no tiene sentido allí donde la vida no alcanza y aquella música planeaba muy por encima de ellas. Era una música apacible y sosegada porque era poderosa. Llenaba la enfermería me envolvía como el balanceo de un lento oleaje voluptuoso, al que no podía resistirme y por unos instantes me sentía tranquilo. Dejaba de ser el joven enfermizo y asustado de sí mismo y me convertía en lo que yo era de verdad, porque todos nos transformaríamos si nos atreviéramos a ser lo que somos. A mí, demasiado tímido para buscar aplausos e incluso para soportarlos, me parecía fácil ser un gran músico, revelar a las gentes aquella música nueva que latía dentro de mí como un corazón. La tos de algún enfermo, en el rincón opuesto de la habitación, me interrumpía de repente y me daba cuenta de que mis arterias latían demasiado deprisa, simplemente.

Me curé. Conocí las emociones de la convalecencia y sus lágrimas a flor de párpado. Mi sensibilidad, agudizada por el sufrimiento, sentía cada vez más repugnancia por el ambiente del colegio. Sufría por falta de soledad y de música. Durante toda la vida, la música y la soledad han representado para mí el papel de calmantes. Los combates interiores que se habían librado dentro de mí, sin que me diera cuenta, seguidos de mi enfermedad, habían agotado mis fuerzas. Estaba tan débil que me volví muy piadoso, con esa espiritualidad fácil que nos da una gran debilidad: me permitía despreciar sinceramente aquello de lo que antes te hablaba y en lo que pensaba a veces, todavía. Ya no podía vivir en un ambiente que yo crecía manchado. Le escribía a mi madre unas cartas absurdas,

exageradas pero que sin embargo eran sinceras, suplicándola que me sacara del colegio. Le decía que allí me sentía muy desgraciado, que quería llegar a ser un gran músico, que no tendrían que gastar más dinero y que pronto llegaría a bastarme a mí mismo. Y sin embargo, el colegio me era menos odioso que antes. Varios de mis condiscípulos, que al principio habían sido brutales conmigo, se mostraban ahora un poco mejores; yo era tan fácil de contentar que sentía un gran agradecimiento; pensaba que me había equivocado y que no eran tan malos. Siempre recordaré que un chico a quien nunca había hablado, dándose cuenta de que yo era muy pobre y de que mi familia no me enviaba nunca nada, quiso repartir conmigo no sé qué golosina. Yo me había vuelto de una sensibilidad ridícula que me humillaba; tenía tanta necesidad de afecto que me puse a llorar y recuerdo que me avergoncé de mis lágrimas como si fueran un pecado. Desde aquel día fuimos amigos. En otras circunstancias, aquel comienzo de amistad me hubiera hecho demorar mi partida: me confirmó en el deseo de marcharme lo antes posible. Escribí a mi madre cartas aún más apremiantes. Le rogaba que viniera a por mí sin demora.

Mi madre fue muy buena. Siempre ha sido muy buena conmigo. Vino a buscarme ella misma. Hay que decir también que mi pensión costaba cara y cada semestre constituía una preocupación para los míos. Si el resultado de mis estudios hubiera sido mejor, no creo que me hubieran retirado del colegio, pero yo no hacía nada y mis hermanos pensaban que aquello era tirar el dinero. Creo que tenían algo de razón. Mi hermano mayor acababa de casarse, lo que había representado un suplemento de gastos. Cuando regresé a Woroino, vi que me habían relegado a un ala del edificio bastante alejada pero, naturalmente, no me quejé. Mi madre insistía para que tratase de comer, quiso servirme ella misma; me sonreía con aquella débil sonrisa que parecía excusarse por no poder hacer más. Su rostro y sus manos me parecieron gastados, como su vestido, y me di cuenta de que sus dedos, que yo tanto admiraba por su finura, empezaban a estropearse debido al trabajo, como los de las mujeres pobres. Sentí que la había decepcionado un poco, que había esperado para mí un porvenir mejor que el de músico, probablemente mediocre. No obstante, estaba contenta de volverme a ver. No le conté mis tristezas del colegio; ahora me parecían imaginarias comparándolas con las penas y esfuerzos que suponía la simple existencia de mi familia; además era muy difícil contárselo. Hasta por mis hermanos sentía yo una especie de respeto: administraban lo que todavía llamaban «la hacienda»; era más de lo que yo hacía, más de lo que podría hacer nunca y empezaba a comprender vagamente que aquello tenía su importancia.

Pensarás que mi regreso fue triste; al contrario, estaba feliz. Me sentía salvado. Probablemente adivinarás que era de mí mismo de quien me sentía salvado. Era un sentimiento ridículo, puesto que lo he experimentado varias veces después, lo que demuestra que nunca fue definitivo. Mis años de colegio no habían sido más que un interludio: ya no me acordaba de ellos. Aún no me había desengañado de mi pretendida perfección; me satisfacía vivir según el ideal de moralidad un poco triste que oía ponderar a mi alrededor. Creía que aquella existencia duraría siempre. Me puse a trabajar en serio: conseguí llenar de tal forma mis días de música, que los momentos de silencio me parecían simples pausas. La música no nos facilita pensar, sino soñar, y con los sueños más imprecisos. Yo parecía temer todo lo que pudiera distraerme de éstos o quizás precisarlos. No había reanudado ninguna de mis amistades de infancia y cuando los míos iban de visita, les rogaba que me dejaran en casa. Era una reacción contra la vida en común impuesta por el colegio; también era una precaución, pero yo la tomaba si confesármela a mí mismo. Por nuestra región pasaban muchos vagabundos zíngaros: algunos son buenos músicos y ya sabes que esa raza es a veces muy bella. Antes, cuando era más pequeño, hablaba con los niños a través de las rejas del jardín y, no sabiendo que decirles, les daba flores. No sé si

mis flores los contentaban mucho. Pero después de mi regreso, me había vuelto razonable y sólo salía durante el día, cuando el campo estaba claro.

Yo no tenía ninguna segunda intención. Pensaba lo menos posible. Recuerdo con un poco de ironía que me felicitaba por dedicarme por completo al estudio, Era como un enfermo con fiebre, que no encuentra desagradable su entumecimiento, pero que tiene miedo de moverse porque el menor gesto podría darle escalofríos. Aquello era lo que yo llamaba serenidad. Más adelante aprendí que hay que tenerle miedo a esa calma, en la que uno duerme cuando están cerca los acontecimientos. Nos suponemos tranquilos quizás porque ya hayamos decidido algo, sin nosotros darnos cuenta.

Y fue entonces cuando ocurrió, en una mañana igual a las demás en que nada, ni mi espíritu ni mi cuerpo, me avisaban de forma más clara que de costumbre. No digo que las circunstancias me sorprendieran: se me habían presentado en otras ocasiones sin que yo las acogiera, pero las circunstancias son así; son tímidas e infatigables; van y vienen delante de nuestra puerta, siempre iguales a ellas mismas y de nosotros depende el tenderlas la mano para detenerlas al paso. Era una mañana como todas las mañanas posibles, ni más ni menos luminosa. Yo paseaba por el campo, por un camino bordeado de árboles. Todo estaba silencioso como si todo se escuchara vivir; mis pensamientos, te lo aseguro, no eran menos inocentes que aquel día que comenzaba. Por lo menos, no puedo recordar ningún pensamiento que no fuera inocente porque, cuando dejaron de serlo, ya no podía controlarlos. En este momento en que parezco alejarme de la naturaleza, tengo que alabarla por estar en todo presente en forma de necesidad. La fruta sólo cae a su hora, aunque su peso la arrastrara desde hacía tiempo hacia el suelo: la fatalidad sólo es esa maduración íntima. Me atrevo a contarte esto de una manera vaga: yo paseaba sin ningún propósito; no fue culpa mía si aquella mañana me encontré con la belleza...

Volví a casa. No quiero dramatizar las cosas: te darías cuenta de que me alejo de la verdad. Lo que yo sentía no era vergüenza, menos aún remordimiento: era más bien estupor. No había imaginado tanta sencillez en lo que me horrorizaba de antemano: la facilidad de la culpa desconcertaba al arrepentimiento. Esta sencillez que el placer me enseñaba la he vuelto a encontrar más tarde en la pobreza, el dolor, la enfermedad y la muerte, quiero decir en la muerte de los demás y espero algún día encontrarla en mi propia muerte. Es nuestra imaginación la que se esfuerza en vestir las cosas, pero las cosas son divinamente desnudas. Regresé a casa. La cabeza me daba vueltas. Nunca he podido recordar cómo pasé aquel día; el temblor de mis nervios fue lento en morir dentro de mí. Sólo puedo recordar que entré en mi habitación, por la noche, y las lágrimas absurdas, pero no amargas, que fueron para mí como un desahogo. Durante toda mi vida había confundido el deseo y el temor; ya no sentía ni lo uno ni lo otro. No digo que fuera feliz: no estaba acostumbrado a la felicidad; sólo estaba estupefacto de sentirme tan poco perturbado.

Toda la felicidad es inocencia. Aunque te escandalice, tengo que repetir esa palabra que parece siempre miserable porque nada prueba mejor nuestra miseria que la importancia de la felicidad. Durante algunas semanas, viví con los ojos cerrados. No había abandonado la música; al contrario, sentía una gran facilidad para moverme en ella como con esa ligereza que se siente en el fondo de los sueños. Parecía como si los minutos matinales me liberaran de mi cuerpo para todo el día. Mis impresiones de entonces, por muy diversas que fueran, sólo son una en mi memoria: se hubiera dicho que mi sensibilidad al no estar limitado a mí solo, se había dilatado en las cosas. La emoción de la mañana se prolongaba en las frases musicales de la tarde; ciertos matices, ciertos olores, alguna antigua melodía de la que me prendé entonces siguen siendo para mí eternas tentaciones porque me traen el recuerdo de otro. Y luego, una mañana, ya no vino. Mi fiebre acabó: fue como un despertar. Sólo puedo comparar esto al asombro producido por el silencio cuando cesa la música.

Tuve que reflexionar. Naturalmente, sólo podía juzgarme según las ideas admitidas a mi alrededor: me hubiera parecido más abominable aún no horrorizarme de mi culpa que haberla cometido, por lo tanto, me condené severamente. Lo que me asustaba, sobre todo, era el haber podido vivir así y ser feliz durante varias semanas antes de darme cuenta de mi pecado. Trataba de recordar las circunstancias de aquel acto: no lo conseguía. El recuerdo de mi culpa me trastornaba mucho más que la misma culpa en el momento en que la vivía, porque en aquellos momentos yo no me miraba vivir. Me imaginaba haber cedido a una locura pasajera; no me daba cuenta de que mis exámenes de conciencia me hubieran conducido rápidamente a una locura mucho peor. Era demasiado escrupuloso para no esforzarme por ser lo más desgraciado posible.

Tenía en mi habitación uno de esos espejitos que están un poco turbios, como si algún aliento hubiera empañado el cristal. Puesto que me había ocurrido algo tan grave, creía ingenuamente que yo tenía que haber cambiado, pero el espejo sólo me devolvía la imagen de siempre: un rostro indeciso, asustado y pensativo. Lo frotaba con la mano, menos para borrar la marca de un contacto que para asegurarme que era de mí de quien se trataba. Quizás lo que haba la voluptuosidad tan terrible sea que nos enseña que tenemos un cuerpo. Antes, sólo nos servía para vivir. Después, sentimos que aquel cuerpo tiene su existencia particular, sus sueños, su voluntad y que, hasta la muerte tendremos que contar con él, cederle, transigir o luchar. Sentimos (creemos sentir) que nuestra alma sólo es el mejor sueño. Solo, ante un espejo que descomponía mi angustia, he llegado a preguntarme qué tenía yo en común con mi cuerpo, con sus placeres o sus sufrimientos, como si no le perteneciera. Pero le pertenezco, amiga mía. Este cuerpo que parece tan frágil es sin embargo más duradero que mis virtuosas resoluciones, quizás más que mi alma, porque a veces el alma muere antes que él. Esta frase, Mónica, quizás te escandalice más que toda mi confesión: tú crees en la inmortalidad del alma. Perdóname por estar menos seguro que tú, o por tener menos orgullo; con frecuencia, el alma no me parece más que una simple respiración del cuerpo.

Creía en Dios. Tenía de El una concepción muy humana, lo que quiere decir muy inhumana, y me juzgaba abominable ante El. La vida, la única que puede explicarnos cómo es la vida, nos explica a los libros por añadidura: algunos pasajes de la Biblia, que había leído negligentemente adquirieron para mí una nueva intensidad; me horrorizaron. A veces me decía que las cosas habían sucedido y que nada podría impedirlo, que tenía por lo tanto que resignarme. Pensar esto, igual que pensar en la condenación eterna me calmaba. En el fondo de toda una gran impotencia encontramos un sentimiento de tranquilidad. Me prometí solamente que no volvería a ocurrir nunca más; se lo prometí a Dios, como si Dios aceptara nuestras promesas. Mi culpa sólo había tenido a un cómplice por testigo y éste ya no estaba. Es la opinión de los demás la que confiere a nuestros actos una especie de realidad. Puesto que nadie sabía nada de los míos, no tenían más realidad que la de los gestos que hacemos en sueños. Mi espíritu fatigado se refugiaba tanto en la mentira, que hubiera podido afirmar que no había pasado nada: no es más absurdo negar el pasado que comprometer el porvenir.

Lo que yo había sentido no era amor: ni siquiera pasión. Por ignorante que yo fuera, me daba cuenta de ello. Era como una fuerza exterior que me hubiera arrastrado. Echaba toda la responsabilidad sobre él que solamente la había compartido. Me persuadía de que el haberme separado de él había sido voluntario y meritorio. Sabía muy bien que no era verdad, pero en fin, hubiera podido serlo: también conseguimos engañar a nuestra memoria. A fuerza de repetirnos lo que hubiéramos debido hacer, termina por parecernos imposible no haberlo hecho. El vicio consistía para mí en la costumbre del pecado; no sabía que es más difícil ceder una sola vez que no ceder jamás. Al explicar mi culpa como un efecto de las circunstancias, a las que yo me proponía no exponerme nunca más, las

separaba de mí para no ver en ellas más que un accidente. Amiga mía, tengo que confesarlo: desde que me había jurado no cometer nunca más mi pecado, sentía un poco menos el haberlo probado una vez.

Quiero ahorrarte la relación de nuevas transgresiones que me quitaron la ilusión de crearme sólo a medias culpable. Me reprocharías el complacerme en ello; quizás tengas razón. Ahora estoy tan lejos del adolescente que yo era, de sus ideas, de sus sufrimientos, que me inclino sobre él con una especie de amor; tengo ganas de compadecerlo y casi de consolarlo. Este sentimiento, Mónica, me lleva a reflexionar: me pregunto si no es el recuerdo de nuestra juventud lo que nos turba ante la de los demás. Estaba asustado de la facilidad con que yo, tan tímido, tan lento de espíritu, llegaba a prever las posibles complicidades; me reprochaba no tanto mis faltas como la vulgaridad de las circunstancias, como si hubiera dependido de mí el escogerlas menos vulgares. No tenía tranquilidad de crearme irresponsable: me daba cuenta de que mis actos eran voluntarios, pero yo sólo los quería cuando los estaba cometiendo. Se hubiera dicho que el instinto, para tomar posesión de mí, esperaba a que la conciencia se fuera o a que cerrase los ojos. Yo obedecía, alternándolas, a dos voluntades contrarias que no chocaban entre sí, puesto que se sucedían una a la otra. Algunas veces, sin embargo, se me ofrecía una ocasión que yo no aprovechaba porque era tímido. Así que mis victorias sobre mí, no eran más que otras derrotas; nuestros defectos son a veces los mejores adversarios de nuestros vicios.

No tenía a nadie a quién pedir un consejo. La primera consecuencia de las inclinaciones prohibidas es la de encerrarnos dentro de nosotros mismos: hay que callar o bien no hablar más que con nuestros cómplices. He sufrido mucho, en mis esfuerzos por vencerme, por no poder encontrar ni estímulo ni piedad, ni siquiera ese poco de estima que merece toda buena voluntad. Nunca tuve intimidación con mis hermanos; mi madre, que era piadosa y triste, se hacía sobre mí ilusiones enternecedoras; me hubiera sentido culpable si le hubiera quitado la idea muy pura, muy dulce y un poco insulsa que se hacía de su hijo. Si me hubiera atrevido a confesarme a los míos, lo que menos me hubieran perdonado hubiera sido precisamente esa confesión. Hubiera puesto a aquella gente en una situación difícil que la ignorancia les evitaba; me hubieran vigilado, pero no me hubieran ayudado. Nuestro papel, dentro de la vida familiar, está ya fijado con relación al resto de la familia. Somos el hijo, el hermano, el marido ¿qué sé yo? Ese papel nos es particular como nuestro nombre, el estado de salud que se nos supone y la consideración que deben a no mostrarnos. El resto no tiene importancia, el resto es cosa nuestra. Sentado a la mesa o en el salón tranquilo, había momentos de agonía en que me sentía morir. Me extrañaba que no lo vieses. Parece entonces como si el espacio entre nosotros y los nuestros se agrandase hasta volverse infranqueable; nos debatimos en la soledad como en el centro de un cristal. Llegaba incluso a pensar que aquella gente podía ser lo bastante prudente como para comprender, no intervenir y no extrañarse de nada. Esta hipótesis, pensándolo bien, pudiera quizá explicarnos a Dios. Pero cuando se trata de gente corriente es inútil prestarles esa clase de sabiduría: les basta con la ceguera.

Si piensas en la vida familiar que te he descrito, comprenderás que una existencia menos triste hubiera sido también más pura. Y además pienso, por otra parte, creo que con justeza, que nada nos empuja tanto a las extravagancias del instinto como la regularidad de una vida demasiado razonable. Pasamos el invierno en Presburgo. El estado de salud de una de mis hermanas hacía necesaria la estancia en la ciudad, cerca de los médicos. Mi madre, que hacía todo lo que podía por mi porvenir, insistió para que tomase lecciones de armonía; decían a mi alrededor que había progresado mucho. Es cierto que trabajaba como trabajan los que buscan refugio en una ocupación. El músico que me enseñaba (era un hombre bastante mediocre, pero lleno de buena voluntad) aconsejaba a mi madre que me enviara al extranjero para completar mi educación musical. Yo sabía que la existencia allí

sería difícil, pero sin embargo, deseaba marcharme. Estamos atados por tantas ligaduras en que hemos vivido que nos parece que al alejarnos será también más fácil alejarnos de nosotros mismos.

Mi salud, que había mejorado mucho, ya no era un obstáculo, sólo que mi madre me encontraba demasiado joven. Quizás temiera las tentaciones a las que me expondría una vida más libre; se figuraba, supongo, que la vida en familia me había preservado de ellas. Muchos padres son así. Comprendía que me era necesario ganar algo de dinero, pero pensaba sin duda que podía esperar. No adiviné entonces, lo patético de su negativa. Ignoraba que le quedase tan poco tiempo de vida.

Una noche, en Presburgo, poco tiempo después de la muerte de mi hermana, volví a casa más desesperado que de costumbre. Había querido mucho a mi hermana. No pretendo que su muerte me afligiera extremadamente; estaba demasiado atormentado para conmoverme en demasía. El sufrimiento nos hace egoístas porque nos absorbe por entero: sólo más tarde, en forma de recuerdo, nos enseña la compasión. Regresé a casa algo más tarde de lo que me había propuesto, pero no le había fijado hora a mi madre. La encontré al abrir la puerta, sentada en la oscuridad. En los últimos años de su vida, a mi madre le gustaba permanecer sin hacer nada cuando se acercaba la noche. Parecía como si quisiera habituarse a la inacción y a las tinieblas. Su rostro, supongo, tomaba entonces esa expresión más serena, más sincera también, que tenemos cuando estamos completamente solos y todo está oscuro. Entré. A mi madre no le gustaba que la sorprendieran así. Me dijo, como para excusarse, que la lámpara acababa de apagarse, pero puse las manos encima y ni siquiera estaba tibia. Se dio cuenta de que me pasaba algo: somos más clarividentes cuando está oscuro, porque nuestros ojos no nos engañan. A tientas, me senté a su lado. Me encontraba en ese estado de languidez un poco especial que conocía demasiado bien: me parecía que una confesión iba a surgir de mí, involuntariamente, como lo hacen las lágrimas. Iba quizás a contárselo todo cuando entro la criada con otra lámpara. Entonces, sentí que ya no podría decir nada, que no soportaría la expresión que iba a poner la cara de mi madre cuando me hubiera comprendido. Aquel poco de luz me ahorró cometer una falta irreparable e inútil. Las confidencias, amiga mía, siempre son perniciosas cuando no tienen por objeto simplificar la vida de otro.

Había ido demasiado lejos para guardar silencio; tuve que hablar. Describí la tristeza de mi existencia, mis probabilidades de porvenir indefinidamente retrasadas, la sujeción en que mis hermanos me mantenían dentro de la familia. Pensaba en una sujeción mucho peor, de la que esperaba librarme al partir. Puse en aquellas pobres quejas todo el desamparo que hubiera puesto en la otra confesión que no podía hacer y que era la única que me importaba. Mi madre callaba. Comprendí que la había convencido. Se levantó para ir hacia la puerta. Estaba débil y cansada. Sentí lo penoso que le resultaba decirme que no. Quizás fuera como si hubiera perdido a su segundo hijo. Yo sufría por no poder decirle la verdadera causa de mi insistencia; seguramente, me creía egoísta: hubiera querido poder decirle que no me iba a marchar.

Al día siguiente me mandó llamar; hablamos de mi partida como si siempre lo hubiéramos decidido así entre nosotros. Mi familia no era lo bastante rica para darme una pensión, tendría que trabajar para vivir. Con el fin de facilitarme los comienzos, mi madre me entregó, con gran secreto, una cantidad que tomó de su dinero personal. No era una suma importante, pero nos lo pareció a los dos. Se la devolví en parte, en cuanto me fue posible, pero mi madre murió demasiado pronto y no pude pagarle mi deuda del todo. Mi madre creía en mi porvenir. Si alguna vez he deseado la gloria es porque sabía que eso la iba a hacer feliz. Así es como, a medida que van desapareciendo los que hemos amado, disminuyen las razones de conquistar una felicidad que ya no podemos gozar juntos.

Yo iba a cumplir diecinueve años. Mi madre tenía interés en que no me fuera hasta después de mi aniversario; regresé por lo tanto a Woroïno. Durante las semanas que allí pasé, no tuve que reprocharme ningún acto ni casi ningún deseo. Estaba ingenuamente ocupado preparando mi partida; deseaba marcharme antes de que llegara la Pascua, que trae al país demasiados extranjeros. La última noche le dije adiós a mi madre. Nos separamos sencillamente. Hay algo reprochable en mostrarse demasiado cariñoso cuando uno se va, como para que lo echen de menos. Y además, los besos voluptuosos nos hacen olvidar los otros; ya no sabemos o no nos atrevemos a besar. Quería marcharme al día siguiente, muy temprano, sin molestar a nadie. Pasé la noche en mi habitación, delante de la ventana abierta, imaginando el porvenir. Era una noche inmensa y clara. El parque estaba separado del gran camino sólo por una reja; gentes que se habían retrasado pasaban por la carretera en silencio; yo oía sus pasos pesados en la lejanía; de repente, se oyó un canto triste. Puede que aquellas pobres gentes sufrieran de una manera oscura, como las cosas. Pero su canto contenía toda su alma. Cantaban solo para aligerar la marcha; no sabían lo que estaban expresando así. Recuerdo una voz de mujer, tan límpida que hubiera podido volar sin esfuerzo, indefinidamente, hasta llegar a Dios. Yo no creía imposible que la vida entera fuera una ascensión igual; me lo prometí solemnemente. No es difícil albergar pensamientos admirables cuando están presentes las estrellas. Es más difícil guardarlos intactos durante la pequeñez de los días; es más difícil ser ante los demás lo que somos ante Dios.

Llegué a Viena. Mi madre me había inculcado contra Austria todas las prevenciones de los moravos; pasé una primera semana tan cruel que prefiero no hablar de ella. Alquilé una habitación en una casa bastante pobre. Estaba lleno de buenas intenciones; recuerdo que creía poder ordenar metódicamente mis deseos y mis penas igual que se ordenan los objetos en el cajón de un mueble. Hay, en los renunciamientos de los veinte años, como una borrachera amarga. Había leído, ignoro en qué libro, que ciertos trastornos no son raros en una época determinada de la adolescencia; alejaba la fecha de mis recuerdos en el tiempo para probarme que se trataba de incidentes muy banales, limitados a un período de mi vida que ya había pasado. Ni siquiera pensaba en otras formas de felicidad; tenía pues, que escoger entre mis inclinaciones, que juzgaba criminales y una renuncia completa, que quizás no sea humana. Escogí. Me condené, a los veinte años, a una absoluta soledad de los sentidos y del corazón. Así empezaron varios años de luchas, obsesiones, de severidad. No me pertenece decir que mis esfuerzos fueron admirables; podría decirse que fueron insensatos. En todo caso, ya es algo haberlos hecho; me permiten, hoy en día, aceptarme más honorablemente a mí mismo. Justamente, porque hubiera podido encontrar, en aquella ciudad desconocida, ocasiones más fáciles, me creí obligado a rechazarlas todas; no quería faltar a la confianza que me habían demostrado al dejarme partir. Sin embargo, es extraño con qué rapidez nos habituamos a nosotros mismos: encontraba meritorio renunciar a aquello que unos meses antes me horrorizaba.

Ya te he contado que me alojaba en una casa bastante miserable. Dios mío, no pretendía más. Pero lo que hace la pobreza tan dura no son las privaciones, es la promiscuidad. Nuestra situación, en Presburgo, me había evitado los contactos sórdidos que soportamos en las ciudades. A pesar de las recomendaciones que me había entregado mi familia, me fue difícil, durante mucho tiempo, encontrar trabajo a mi edad. No me gustaba hacerme valer; no sabía cómo arreglármelas. Me pareció penoso servir de acompañante en un teatro en donde los que me rodeaba creyeron hacerme sentir más cómodo a fuerza de familiaridad. No fue allí donde mejoró mi opinión sobre las mujeres que se supone podemos amar. Yo era desgraciadamente muy sensible al aspecto exterior de las cosas; sufría por la casa en que habitaba; sufría por la gente que a veces encontraba allí. Ya te imaginarás que eran vulgares. Pero en mis relaciones con la gente, siempre me ha ayudado

la idea de que no son felices. Las cosas tampoco son felices; esto es lo que nos hace sentir amistad por ellas. Mi habitación me había repugnado al principio; era triste, con una especie de falsa elegancia que encogía el corazón, porque se notaba que no habían podido hacer más. Tampoco estaba muy limpia: se veía que otras personas habían pasado por allí antes que yo y esto me repugnaba un poco. Después, terminé interesándome por lo que habían podido ser aquellas gentes e imaginando su vida. Eran como amigos con quienes no podía enfadarme porque no los conocía. Me decía que se habrían sentado a aquella mesa para hacer penosamente las cuentas del día, que habrían echado en aquella cama su sueño o su insomnio. Pensaba que habrían tenido sus aspiraciones, sus virtudes, sus vicios y sus miserias, igual que yo tenía las mías. No sé, amiga mía, de qué nos servirían nuestras tareas si no nos enseñaran la compasión.

Me acostumbré. Se acostumbra uno fácilmente. Hay como un goce en saber que somos pobres, que estamos solos y que nadie piensa en nosotros. Nos simplifica la vida, pero es también una gran tentación. Volvía tarde, de noche, por los barrios casi desiertos a esas horas, tan cansado que ya no sentía el cansancio. La gente que encontramos en las calles durante el día nos da la impresión de tener una meta precisa, que se supone razonable, pero por la noche parece caminar en sueños. Los transeúntes me parecían, como yo, tener el aspecto vago de las figuras que a veces vemos en sueños y no estaba seguro de que la vida no fuera una pesadilla inepta, agotadora e interminable. No hace falta que te diga lo aburridas que eran aquellas noches vienesas. A veces me encontraba con parejas de amantes instalados en el umbral de las puertas, prolongando a su gusto las conversaciones o los besos, quizás: la oscuridad, a su alrededor, hacía más excusable la ilusión recíproca del amor, y yo envidiaba aquel contento plácido que sin embargo no deseaba. Amiga mía, somos muy raros. Por primera vez sentía un placer perverso en ser diferente de los demás. Es difícil no creerse superior cuando uno sufre, y el ver gente feliz nos da náuseas.

Tenía miedo de volver a mi habitación, de tenderme en la cama en donde estaba seguro de no poder dormir. Sin embargo, había que terminar por hacerlo. Incluso cuando no regresaba hasta el alba, después de haber faltado a las promesas que me había hecho (te aseguro, Mónica, que ocurría muy pocas veces), tenía que subir a la habitación, quitarme de nuevo la ropa como hubiera deseado quitarme el cuerpo, y meterme dentro de las sábanas en donde, entonces encontraba el sueño. El placer es demasiado efímero, la música nos eleva un momento para dejarnos más tristes que antes, pero el sueño es una compensación. Incluso cuando ya nos ha dejado, nos hacen falta algunos segundos para volver a sufrir y cada vez que nos dormimos, tenemos la sensación de entregarnos a un amigo. Sé muy bien que es un amigo infiel, como todos; cuando somos demasiado desgraciados, nos abandona también. Pero sabemos que volverá, tarde o temprano, quizás con otro nombre, y que terminaremos por reposar en él. Es perfecto cuando no soñamos nada, se podría decir que, cada noche, nos despierta de la vida.

Estaba absolutamente solo. Hasta ahora no he dicho nada de los rostros en los que se encarnó mi deseo; no he interpuesto entre tú y yo, más que fantasmas anónimos. No creas que me obligue a ello el pudor o los celos que uno siente de sus recuerdos. No presumo de haber amado. He sentido demasiado lo poco durables que son las emociones más vivas para querer, al acercarme a seres perecederos, encaminados hacia la muerte, extraer un sentimiento que se pretende inmortal. Después de todo, lo que en el otro nos conmueve sólo es un préstamo que le ha hecho la vida. Creo que el alma envejece, como la carne y sólo expresa, en los mejores, el esplendor de una época, un milagro efímero con la misma juventud. ¿Para qué, amiga mía, apoyarnos en los que no perdura?

He huido de las ataduras de la costumbre, hechas de ternura ficticia, de engaño sensual y de hábito perezoso. Creo que sólo hubiera podido amar a un ser perfecto y soy demasiado mediocre para merecer que me aceptara, incluso si lo encuentro algún día. Y esto no es

todo, amiga mía: nuestra alma, nuestro espíritu y nuestro cuerpo tienen exigencias generalmente contradictorias; creo difícil unir satisfacciones tan diversas sin envilecer a unas y sin desanimar a otras, así que he disociado el amor. No quiero justificar mis actos con palabras metafísicas, cuando ya mi timidez es una causa suficiente. Me he limitado casi siempre a complicidades banales, por un terror oscuro a enamorarme y sufrir. Basta con ser prisionero de un instinto, no quiero serlo también de una pasión, y creo sinceramente que no he amado nunca.

Ahora me vuelven algunos recuerdos. No te asustes: no voy a describirte nada; no te diré los nombres; incluso he olvidado los nombres o no los he sabido nunca. Recuerdo la curva especial de una nuca, de unos labios o de unos párpados, algunas caras a las que amé por su tristeza, por el pliegue de cansancio que cercaba su boca o por ese no sé qué de ingenuo que tiene la perversidad de un ser joven, ignorante y reidor. Todo lo que aflora del alma a la superficie del cuerpo. Estoy hablando de desconocidos a los que no volveré a ver, a los que no me interesa volver a ver y por eso mismo puedo hablar o callar con sinceridad. Yo no los quería; no deseaba encerrar en mis manos el poco de felicidad que me aportaban, no les pedía comprensión, ni siquiera ternura: sencillamente, escuchaba su vida. La vida es el misterio de todo ser humano: es tan admirable que siempre se la puede amar. La pasión necesita gritos, el amor mismo se complace con las palabras, pero la simpatía puede ser silenciosa. La he sentido no sólo en minutos de gratitud y de paz, sino hacia los seres a los que no asociaba con ninguna idea de placer. La he conocido en silencio, porque los que me la inspiraban no me hubieran entendido. No es necesario que nadie me comprenda. He amado así a las figuras de mis sueños, a pobres gentes mediocres y también a algunas mujeres. Pero las mujeres, aunque digan lo contrario, no ven en la ternura más que un camino hacia el amor.

Mi vecina de habitación era bastante joven; se llamaba María. No te imagines que María fuera hermosa. Tenía una fisonomía corriente, que pasaba desapercibida. María era algo más que una criada. Trabajaba, sin embargo y no creo que su trabajo le bastara para vivir. En todo caso, cuando yo iba a verla, la encontraba siempre sola. Se las arreglaba, supongo, para estar sola a esas horas.

María no era inteligente, ni quizás muy buena, pero era servicial como lo es la gente pobre que sabe lo necesaria que es una ayuda recíproca. Parecen gastar la solidaridad como la calderilla. Debemos estar agradecidos al más pequeño buen proceder: por eso hablo de María. No tenía autoridad sobre nadie y pienso que le gustaba tenerla sobre mí; me aconsejaba sobre la manera de vestirme para no pasar frío, o de encender el fuego y se ocupaba en mi lugar de un montón de cosas útiles. No me atrevo a decir que María me recordaba a mis hermanas pero, no obstante, yo encontraba en ella esos dulces gestos de mujer que tanto había amado de niño. Se veía que hacía un esfuerzo por tener buenos modales, lo que ya es meritorio. María creía que le gustaba la música: le gustaba de verdad, pero, por desgracia, tenía muy mal gusto. Era un mal gusto casi conmovedor a fuerza de ser ingenuo; los sentimientos más convencionales le parecían los más hermosos: se hubiera dicho que su alma, igual que su persona, se contentaba con adornos falsos. María podía mentir lo más sinceramente del mundo. Supongo que vivía como la mayoría de las mujeres, una existencia imaginaria en la que era mejor y más feliz que en la vida real. Por ejemplo, si la hubiera interrogado, me habría respondido que nunca había tenido amantes y hubiera llorado si no la hubiera creído. Conservaba dentro de ella el recuerdo de una infancia vivida en el campo, en un ambiente muy honorable y el recuerdo vago de un novio. Tenía también otros recuerdos de los que no hablaba nunca. La memoria de las mujeres se parece a esas mesas antiguas que utilizan para coser: están llenas de cajones secretos. Algunos están cerrados desde hace mucho tiempo y no se pueden abrir, otros contienen flores secas que han quedado reducidas a polvo de rosas; otros madejas

enredadas, a veces alfileres. La memoria de María era muy complaciente, le servía para borrar su pasado.

Yo iba a verla por la noche, cuando empezaba a hacer frío y sentía miedo de estar solo. Nuestra conversación debía ser bastante sosa, pero hay no sé qué de tranquilizador en oír hablar a una mujer de cosas insignificantes. María era perezosa: no le extrañaba ver que yo trabajaba muy poco. No tengo nada de príncipe de leyenda. Ignoraba que las mujeres, sobre todo cuando son pobres, creen frecuentemente haber encontrado al personaje de sus sueños, incluso cuando el parecido es extremadamente lejano. Mi situación y quizás mi nombre tenían para María un prestigio novelesco que yo comprendía mal. Por supuesto, siempre le había mostrado una gran reserva; eso la hacía sentirse halagada al principio, como una delicadeza a la que no estaba acostumbrada. Yo no adivinaba sus pensamientos, cuando cosía en silencio. Creía simplemente que me tenía afecto y ciertas ideas ni se me ocurrían siquiera.

Poco a poco me di cuenta de que María se mostraba mucho más fría. Había, en sus menores palabras, una especie de deferencia agresiva, como si de repente se hubiera dado cuenta de que yo salía de un ambiente que la gente juzga muy superior al suyo. Sentía que estaba enfadada. No me extrañaba de que el afecto de María hubiera pasado ya: todo pasa. Veía solamente que estaba triste, y era tan ingenuo que no adivinaba el por qué. Creía imposible que sospechara cierta parte de mi existencia; no me daba cuenta de que a lo mejor se hubiera escandalizado menos que yo mismo. En fin, surgieron otras circunstancias: tuve que alojarme en una casa más pobre, ya que mi habitación era demasiado cara para mí. Nunca volví a ver a María. Qué difícil es, aunque se tomen muchas precauciones, no hacer sufrir...

Continuaba luchando. Si la virtud consiste en una serie de esfuerzos por conseguirla, yo fui irreprochable. Aprendí el peligro de las renunciadas demasiado rápidas; dejé de creer que la perfección se encuentra al otro lado de una promesa. Me pareció que tanto la sabiduría como la vida están hechas de progresos continuos, de nuevos comienzos, de paciencia. Una curación más lenta me pareció menos precaria: me contenté, como los pobres, con pequeños triunfos miserables. Traté de espaciar las crisis; caí en un recuerdo maniático de los meses, las semanas y los días. Sin confesármelo, durante aquellos períodos de excesiva disciplina, vivía esperando el momento en que me permitiría caer. Terminaba por ceder a la primera tentación que se me presentaba, únicamente porque me estaba prohibiendo hacerlo desde hacía demasiado tiempo. Me fijaba de antemano, aproximadamente, la época de mi próxima caída; me abandonaba casi siempre demasiado pronto, menos por impaciencia de conseguir aquel lamentable placer que por evitarme el horror de esperar el ataque y soportarlo. Quiero ahorrarte la relación de las precauciones que tomaba contra mí mismo. Ahora me parecen más viles que mis culpas. Al principio creí que se trataba de evitar las ocasiones de pecado; pronto me di cuenta que nuestras acciones sólo tienen un valor de síntomas: es nuestra naturaleza lo que habría de cambiar. Había tenido miedo de los acontecimientos; tuve miedo de mi cuerpo; terminé por reconocer que nuestros instintos se comunican a nuestra alma y nos penetran por entero. Entonces, ya no tuve ni un refugio. Encontraba en los más inocentes pensamientos el punto de partida de una tentación; no descubrí ni un solo pensamiento que permaneciera sano; parecían pudrirse dentro de mí y mi alma, cuando la conocí mejor, me dio tanto asco como mi cuerpo.

Algunas épocas eran particularmente peligrosas: los fines de semana, los principios de mes, quizás porque tenía algo de dinero y había tomado la costumbre de buscar complicidades remuneradas (existen, amiga mía, razones así de despreciables). También eran peligrosas las vísperas de fiesta, tan llenas de desocupación y de tristeza para los que viven solos. Aquellos días me encerraba. No tenía nada que hacer: iba y venía, cansado de ver mi imagen reflejada en el espejo; odiaba aquel espejo que me inflingía mi propia presencia.

Un crepúsculo confuso comenzaba a llenar la habitación. La sombra se posaba sobre las cosas como una mancha más. Dejaba la ventana abierta porque me faltaba el aire; los ruidos de fuera me cansaban hasta el punto de impedir pensar. Estaba sentado, me esforzaba por fijar mis ideas, pero una idea conduce siempre a otra y no se sabe hasta dónde puede llevarnos. Valía más moverse, andar. No hay nada censurable en salir a la hora del crepúsculo; sin embargo, ya era una derrota que presagiaba otra. Me gustaba aquella hora en que late la fiebre de las ciudades. No describiré la búsqueda alucinante del placer, los desengaños posibles, la amargura de la humillación moral, mucho peor que después de la falta, cuando ni siquiera es compensada por la paz del cuerpo. Y paso por el sonambulismo del deseo, la resolución brusca que barre a todas las demás, la alacridad de la carne que termina por no obedecer más que a ella misma. Describimos a menudo la felicidad de un alma que pudiera deshacerse de su cuerpo: hay momentos, en la vida, en que el cuerpo se deshace del alma.

¿Dios, cuándo moriré? Mónica, te acuerdas de esas palabras... Están al principio de una vieja oración alemana. Estoy cansado de este ser mediocre, sin porvenir y sin confianza en el porvenir, de este ser al que tengo forzosamente que llamar: «yo», puesto que no puedo separarme de él. Me obsesiona con sus tristezas y sus penas; lo veo sufrir y ni siquiera soy capaz de consolarlo. Ciertamente soy mejor que él, puedo hablar de él como si se tratara de un extraño, pero no comprendo las razones que me hacen su prisionero. Y lo más terrible, quizás, es que los demás no conocerán de mí más que a ese personaje en lucha con la vida. Ni siquiera puedo desear su muerte, ya que cuando muera, moriré yo con él. En Viena, durante aquellos años de combates interiores, muchas veces he deseado morir.

No son nuestros vicios los que nos hacen sufrir, sólo sufrimos por no poder resignarnos a ellos. Conocí todos los sofismas de la pasión y también todos los sofismas de la conciencia. La gente se figura que reprueban ciertos actos porque la moral se opone; en realidad, obedecen (tienen la suerte de obedecer) a repugnancias instintivas. Estaba impresionado, a pesar mío, por la extrema insignificancia de nuestras faltas más graves, por el poco lugar que ocuparían en nuestra vida si los remordimientos no prolongaran su duración. Nuestro cuerpo olvida, igual que nuestra alma; quizás sea eso lo que explique, en algunos de nosotros, la renovación de nuestra inocencia. Me esforzaba por olvidar; casi lo conseguía. Luego, aquella amnesia me horrorizaba. Mis recuerdos me parecían siempre incompletos, y me sometían a un suplicio cada vez mayor. Me arrojaba sobre ellos para revivirlos. Me desesperaba al notar que empalidecían. Sólo los tenía a ellos para compensarme del presente y del porvenir al que renunciaba. No me quedaba ya, después de haberme prohibido tantas cosas, el valor de prohibirme mi pasado.

Vencí. A fuerza de recaídas miserables y de victorias aún más miserables, logré vivir durante todo un año como hubiera deseado vivir toda mi vida. Amiga mía, no tienes que sonreír. No quiero exagerar mi mérito: tener mérito al abstenerse de cometer una falta es ya, de alguna manera, sentirse culpable. Algunas veces, conseguimos dirigir nuestros actos, menos nuestros pensamientos, pero en nuestros sueños no podemos influir nunca. Soñé. Conocí el peligro de las aguas estancadas. Parece como si actuar nos absolviera. Hay algo puro en un acto, aunque sea culpable, comparándolo con los pensamientos que de él nos formamos. Digamos, si lo prefieres, que es menos impuro debido a ese no sé qué de mediocre que siempre tiene la realidad. Aquel año en que no cometí, te lo aseguro, ningún acto reprochable, estuvo enturbiado por más obsesiones que ningún otro y por obsesiones más bajas. Se hubiera dicho que aquella llaga, al cerrarse demasiado pronto, se me había abierto en el alma terminando por envenenarla. Me sería fácil hacer un relato dramático, pero ni a ti ni a mí nos interesan los dramas y hay muchas cosas que se pueden dar a entender muy bien sin contarlas. Así que yo había amado a la vida. En nombre de la vida, es decir, de mi porvenir, me había esforzado por reconquistarme a mí mismo. Pero se odia

la vida cuando se sufre. Soporté la obsesión del suicidio y otras peores todavía. En los objetos más humildes, ya no veía más que el instrumento de una destrucción posible. Me daban miedo las telas porque se pueden anudar, la punta de las tijeras y sobre todo los objetos cortantes. Aquellas formas brutales de liberación eran una tentación para mí y tenía que poner un candado entre mi demencia y yo.

Me endurecí. Hasta entonces me había abstenido de juzgar a los demás. Si hubiera podido, habría terminado por ser tan implacable con ellos como conmigo. No perdonaba al prójimo ni la más pequeña transgresión; tenía miedo de que mi indulgencia para con los demás obligara a mi conciencia a excusar mis propias faltas. Temía el reblandecimiento que nos producen las sensaciones dulces: llegué hasta aborrecer la naturaleza a causa de la ternura que nos inspira la primavera. Evitaba cuanto podía la emoción que me producía la música: mis manos, posadas sobre las teclas, me intranquilizaban por recordarme las caricias. Tuve miedo de los encuentros mundanos imprevistos, del peligro de las caras humanas. Me quedé solo. Luego, la soledad también me dio miedo. Nunca estamos completamente solos, por desgracia; siempre estamos con nosotros mismos.

La música, alegría de los fuertes, es el consuelo de los débiles. La música era para mí un oficio del que vivía. Enseñarla a los niños era una dura prueba, porque la técnica termina desviándolos del sentimiento. Pienso que primero haría falta enseñarles a ver el sentimiento. Pero, en todo caso, las costumbres se oponen y ni mis alumnos ni sus familias tenían ningún interés por cambiar las costumbres. Y aún prefería a los niños que a las personas mayores que me vinieron después y se creían forzadas a expresar algo. Además, los niños me intimidaban menos. Si hubiera querido, hubiera podido dar más lecciones, pero con las que daba me bastaba para vivir. Ya trabajaba demasiado. No rindo culto al trabajo, cuando el resultado sólo importa a nosotros mismos. Sin duda, cansarse es una manera de domar el cuerpo, pero el agotamiento del cuerpo termina por entumecer el alma. Queda por saber, Mónica, si un alma inquieta no vale más que un alma dormida.

Me quedaban las noches. Me concedía, cada noche, unos minutos de música para mí solo. Es cierto que el placer solitario es un placer estéril, pero ningún placer es estéril cuando nos reconcilia con la vida. La música me transporta a un mundo en donde el dolor sigue existiendo, pero se ensancha, se serena, se hace a la vez más quieto y más profundo, como un torrente que se transforma en lago. Volvía tarde y no podía ponerme a tocar una música demasiado ruidosa; además, nunca me ha gustado. Me daba cuenta de que, en la casa, solo toleraban la mía y, sin duda, el sueño de la gente cansada vale más que todas las melodías posibles. Así fue, amiga mía, cómo me acostumbé a tocar siempre con sordina, como si temiera despertar a alguien. El silencio, no solo compensa la impotencia del lenguaje, sino también, para los músicos mediocres, la pobreza de los acordes. Siempre me ha parecido que la música debería ser silencio, el misterio de un gran silencio que buscara su expresión. Véase, por ejemplo, una fuente: el agua muda llena los conductos, se acumula, desborda y la perla que cae es sonora. Creo que la música debería ser el desbordamiento de un gran silencio.

De niño, deseaba la gloria. A esa edad deseamos la gloria igual que deseamos el amor: necesitamos a los demás para revelarnos a nosotros mismos. Yo no digo que la ambición sea un vicio inútil; puede servir para azotarnos el alma, sólo que la agota. No sé de ningún éxito que no se compre con una semimentira; no sé de ningún auditorio que no nos obligue a omitir o a exagerar alguna cosa. A menudo he pensado con tristeza que un alma verdaderamente hermosa no alcanzaría la gloria, porque no la desearía. Esta idea me desengaña de la gloria y del genio. Creo que el genio no es más que una elocuencia particular, un don ruidoso de expresarse. Incluso aunque yo fuera Chopin, Mozart o Pergolesi, sólo conseguiría expresar, imperfectamente quizás, lo que siente cada día un músico de pueblo cuando trata de expresarse lo mejor que puede con toda humildad. Yo

hacía lo más que podía. Mi primer concierto fue algo peor que un fracaso: fue un éxito a medias. Fueron necesarias, para que me decidiera darlo, toda clase de razones materiales y esa autoridad que ejerce sobre nosotros la gente de mundo cuando nos quiere ayudar. Mi familia tenía en Viena numerosos parientes lejanos; fueron para mí casi unos protectores, pero yo los consideraba unos extraños. Mi pobreza les humillaba un poco; hubieran deseado verme célebre, para no sentirse molestos al hablar de mí. Los veía raras veces; quizás me guardasen rencor por no darles la ocasión de rehusarme una ayuda. Y, sin embargo, me ayudaron. Lo hicieron, ya lo sé, de la manera que pudiera resultarles menos costosa, pero no veo, amiga mía, con qué derecho exigiríamos bondad.

Recuerdo mi entrada en escena, en mi primer concierto. La asistencia era muy poco numerosa, pero aún era demasiado para mí. Me ahogaba. No me gustaba aquel público para el que el arte no es más que una vanidad necesaria; aquellas caras compuestas disimulando las almas, la ausencia de alma. Concebía mal que se pudiera tocar delante de desconocidos, a una hora fija y por un salario entregado de antemano. Adivinaba las opiniones que se creerían obligados a formular al salir; odiaba su gusto por un énfasis inútil e incluso el interés que sentían por mí al pertenecer yo a su mundo. Odiaba el esplendor ficticio con el que se adornaban las mujeres. Prefería incluso a los auditores de conciertos populares que di alguna vez en salas miserables, por la noche, en donde a veces aceptaba tocar gratuitamente. La gente iba allí con la esperanza de instruirse. No es que fueran más inteligentes que los otros, pero tenían mejor voluntad. Habían tenido que vestirse lo mejor posible, después de cenar; habían tenido que consentir en pasar frío durante dos largas horas, en una sala mal iluminada. La gente que va al teatro busca olvidarse de ella misma; los que van al concierto tratan más bien de encontrarse. Entre la dispersión del día y la disolución del sueño, vuelven a sumergirse en lo que son. Caras fatigadas de los auditores de por la noche, caras que descansan en sus sueños y parecen bañarse en ellos... Mi cara... ¿Y no soy yo también muy pobre, yo que no tengo ni amor, ni fe, ni deseo confesable, yo que no puedo contar más que conmigo mismo y que casi siempre me soy infiel?

El invierno siguiente fue un invierno lluvioso. Cogí frío. Estaba demasiado acostumbrado a estar siempre algo enfermo para inquietarme cuando lo estaba de verdad. Durante el año del que te estoy hablando volvieron a aparecer los trastornos nerviosos sufridos en mi infancia. Aquel enfriamiento, del que no me preocupé, me debilitó más todavía: caí enfermo, y esta vez muy grave.

Comprendí entonces la felicidad de estar solo. Si hubiera sucumbido, en aquella época, no hubiera tenido que echar de menos a nadie. Era el despego absoluto. Precisamente, una carta de mis hermanos me había comunicado que mi madre había muerto hace ya un mes. Me entristeció, sobre todo por no haberlo sabido antes. Parecía como si me hubieran robado algunas semanas de dolor. Estaba solo. El médico del barrio, al que habían llamado mis vecinos, pronto dejó de venir y mis vecinos se cansaron de cuidarme. Me sentía contento así. Estaba tan sereno que ni siquiera sentía la necesidad de resignarme. Miraba cómo mi cuerpo se debatía, se ahogaba, sufría. Mi cuerpo quería vivir. Había en él una fe en la vida que yo mismo admiraba: casi me arrepentí de haberlo despreciado, desanimado y castigado cruelmente. Cuando me puse mejor, cuando pude incorporarme en la cama, mi espíritu seguía incapaz de largas reflexiones. Fue mi cuerpo el que me proporcionó las primeras alegrías. Recuerdo la belleza casi sagrada del pan, el humilde rayo del sol que me calentaba la cara y el vértigo que me causó la vida. Llegó el día en que me pude asomar a la ventana abierta. La calle en que yo vivía, en un barrio de Viena, era una calle gris, pero hay momentos en que basta con ver sobresalir un árbol por detrás de una muralla para saber que existen bosques. Aquel día, gracias a mi cuerpo, tuve mi segunda revelación de la belleza del mundo. Ya sabes cuál fue la primera. También lloré, como la primera vez, no

tanto de felicidad ni de agradecimiento; lloré de que la vida fuera tan sencilla y tan fácil si nosotros lo fuéramos lo bastante para aceptarla tal como es.

Lo que le reprocho a la enfermedad es que nos permite renunciar demasiado fácilmente. Nos creemos curados del deseo, pero en la convalecencia nos llega la recaída y nos damos cuenta, siempre con el mismo estupor, de que la alegría puede aún hacernos sufrir. Durante los meses que siguieron, creí poder continuar viendo la vida con los ojos indiferentes de los enfermos. Persistía en pensar que quizás no me quedaba mucho tiempo, me perdoné mis culpas, como Dios, sin duda, nos perdonará después de la muerte. Ya no me reprochaba el sentirme conmovido con exceso por la belleza humana; veía la debilidad de convaleciente en aquellos ligeros estremecimientos del corazón, la turbación excusable de un cuerpo nuevo ante la vida. Volví a mis lecciones y a mis conciertos. Era necesario, porque mi enfermedad me había costado muy cara. Casi nadie había pensado en preguntar por mí. Las gentes, en cuyas casas daba clases, no se dieron cuenta de que aún estaba muy débil. No hay que guardarles rencor. Yo no era para ellos más que un joven dulce, aparentemente razonable y cuyas lecciones no eran caras. Me consideraban únicamente desde ese punto de vista, y mi ausencia no significaba para ellos más que un contratiempo. En cuanto fui capaz de dar un paseo largo, me dirigí a casa de la princesa Catalina.

El príncipe y la princesa de Mainau pasaban en Viena, por aquel entonces, unos cuantos meses del invierno. Me temo, amiga mía, que sus pequeños defectos mundanos nos hayan impedido apreciar lo que había de extraordinario en aquella gente de antes. Eran los supervivientes de un mundo más razonable que el nuestro, por ser precisamente, más frívolo, menos preocupado. El príncipe y la princesa tenían esa afabilidad fácil, suficiente, en las pequeñas casas, para reemplazar la verdadera bondad. Éramos un poco parientes por parte de las mujeres; la princesa recordaba haberse educado con mi abuela materna en un colegio de monjas alemanas. Le gustaba recordar aquella intimidad tan lejana, ya que era de esas mujeres que sólo ven en la edad una nobleza más: quizás su única coquetería consistiera en rejuvenecer su alma. La belleza de Catalina de Mainau no era más que un recuerdo; en vez de espejos, en su habitación tenía unos retratos de otros tiempos. Pero se sabía que había sido hermosa. Decían que había inspirado vivas pasiones y también las había sentido; tuvo penas que no le duraron mucho tiempo. Supongo que le ocurría con sus pesares igual que con los trajes de noche: sólo se los ponía una vez, pero los guardaba todos, así que tenía armarios de recuerdos. Tú decías, amiga mía, que la princesa tenía el alma de encajes.

Yo iba raras veces a sus fiestas, pero siempre me recibía bien. No sentía por mí (yo me daba cuenta) verdadero cariño, sino sólo un afecto distraído de vieja señora indulgente. Y sin embargo, yo caso la quería. Me gustaban sus manos, un poco hinchadas, apretadas por el anillo de las sortijas, sus ojos cansados y su acento límpido. La princesa, como mi madre, empleaba ese francés dulce y fluido del siglo de Versalles que da a las menores palabras la gracia anticuada de una lengua muerta. Encontraba en ella, como después lo encontré en ti, un poco de mi hablar natal. Hacía todo lo que podía para formarme a la vida mundana; me prestaba libros de poetas; escogía los que eran tiernos, superficiales y difíciles. La princesa de Mainau me creía razonable: era el único defecto que no perdonaba. Me interrogaba, riendo, sobre las jóvenes que encontraba en su casa; le extrañaba que no me enamorase de ninguna. Aquellas simples preguntas eran para mí un suplicio. Naturalmente, ella se daba cuenta: me encontraba tímido y más joven de mi edad. Yo le agradecía que me juzgara así. Cuando somos desgraciados y nos creemos muy culpables, hay algo tranquilizador en ser tratados como niños sin importancia.

Sabía que yo era muy pobre. La pobreza, como la enfermedad, eran cosas feas de las que se apartaba. Por nada del mundo hubiera consentido en subir cinco pisos. No la censures, era de una delicadeza infinita. Quizás fuera para no herirme por lo que me hacía regalos

inútiles, y los más inútiles son a veces los más necesarios. Cuando se enteró de que estaba enfermo, me envió flores, no tenemos que sentirnos avergonzados por vivir en una habitación sórdida. Era más de los que yo esperaba de nadie; no creía que hubiese en la tierra alguien tan bueno que me enviara flores. Por entonces, ella sentía pasión por las lilas color malva; gracias a ella tuve una convalecencia perfumada. Ya te he dicho lo triste que era mi habitación; quizás, sin las lilas de la princesa Catalina, nunca hubiera tenido el valor de curarme.

Cuando fui a darle las gracias, todavía me encontraba muy débil. La vi, como de costumbre, sentada ante uno de esos trabajos de aguja que raras veces tenía la paciencia de acabar. Mi agradecimiento le extrañó; ya no se acordaba de haberme enviado flores. Amiga mía, esto me indignó: parece como si la belleza de un regalo disminuyera cuando el que lo hace no le da importancia. Las persianas, en casa de la princesa Catalina, estaban siempre cerradas; vivía, por gusto, en un perpetuo crepúsculo y, sin embargo, el olor polvoriento de la calle invadía la habitación; se daba uno cuenta de que empezaba el verano. Yo pensaba, con una abrumadora fatiga, que tendría que soportar aquellos cuatro meses de verano. Pensaba en las lecciones que se harían cada vez más escasas, en los inútiles paseos nocturnos en busca de un poco de frescor, en el nerviosismo, en el insomnio y en otros peligros más. Tenía miedo de volver a caer enfermo; terminé por quejarme, en voz alta, de que el verano llegara tan pronto. La princesa de Mainau lo pasaba en Wand, una antigua propiedad que le venía de los suyos. Wand sólo era para mí un nombre indefinido, como todos los de los lugares en que creemos no ir a vivir jamás; tardé algún tiempo en comprender que la princesa me invitaba. Me invitaba por piedad. Me invitaba alegremente, ocupándose de escogerme una habitación, tomando, por decirlo así, posesión de mi vida hasta el próximo otoño. Entonces sentí vergüenza por parecer, al quejarme, esperar algo. No tuve el valor de castigarme rechazando su oferta y además ya sabes lo difícil que es llevarle la contraria a la princesa Catalina.

Fui a Wand pensando que pasaría allí tres semanas: permanecí varios meses. Fueron unos largos meses inmóviles. Transcurrieron lentamente, de manera maquinal y verdaderamente insensible; se hubiera dicho que yo esperaba algo sin saberlo. La existencia allí era ceremoniosa aun siendo muy sencilla; probé la calma de aquella vida más fácil. No puedo decir que Wand me recordaba a Woróino; si embargo, sentía la misma impresión de vejez y de eternidad tranquila. La riqueza parecía haberse instalado en aquella casa de la misma manera que la pobreza lo había hecho en la nuestra. Los príncipes de Mainau siempre habían sido ricos; por tanto no podía uno extrañarse de que lo fueran y ni siquiera los pobres se irritaban por ello. El príncipe y la princesa daban muchas recepciones: vivíamos entre libros recién llegados de Francia, partituras abiertas y cascabeles de coches de caballos. En ese ambiente culto y, sin embargo frívolo, parece como si la inteligencia fuera un lujo más. Sin duda, el príncipe y la princesa son eran amigos míos: eran mis protectores. La princesa me llamaba, riendo, su músico extraordinario; me exigían, por las noches, que me sentara a tocar el piano. Yo sentía muy bien que, ante aquella gente de mundo, sólo podía tocar una música banal, superficial como todas aquellas palabras que decían, pero también había belleza en aquellas arias olvidadas.

Aquellos meses pasados en Wand me parecen una larga siesta durante la que yo me esforzaba por no pensar en nada. La princesa no quiso que interrumpiera mis conciertos; me ausenté para dar varios de ellos en algunas grandes ciudades alemanas. A veces me encontraba allí con tentaciones bien conocidas, pero no eran más que un incidente. Al regresar a Wand, se me borraba hasta el recuerdo: hacía uso una vez más, de mi aterradora facultad de olvido. La vida de la gente de mundo se limita, en superficie, a algunas ideas agradables o, por lo menos, decentes. Se sabe que existen realidades humillantes, pero se vive como si no hubiera que soportarlas. Es como si acabaran por confundir el traje con el

cuerpo. Claro que yo no era capaz de un error tan grosero: he llegado hasta a mirarme desnudo. Sólo que cerraba los ojos. Yo no era feliz, en Wand, antes de tu llegada; sólo estaba adormecido. Después, llegaste tú. Tampoco fui feliz a tu lado, pero imaginé la existencia de la felicidad. Fue como el sueño de una tarde de verano.

Sabía de ti, de antemano, todo lo que se puede saber de una chica joven, es decir, poca cosa o muy pequeñas cosas. Me habían dicho que eras muy hermosa, perfecta y rica. No me habían dicho lo buena que eras; la princesa lo ignoraba o puede ser que la bondad para ella sólo fuera una cualidad superflua: pensaba que la simpatía es suficiente. Muchas chicas jóvenes son hermosas; también las hay ricas y perfectas, pero yo no encontraba ninguna razón para interesarme por todo eso. Que no te extrañe, amiga mía, que tantas descripciones fueran inútiles: hay en el fondo de todo ser perfecto, algo único que desconcierta al elogio. La princesa quería que te admirase antes de conocerte, así que te imaginé menos sencilla de lo que eres. Hasta entonces no me había sido desagradable representar en Wand el papel de un invitado muy modesto, pero me parecía que querían forzarme a brillar ante ti. Yo me sentía incapaz y las caras nuevas siempre me intimidaban. Si hubiera dependido de mí, me hubiera marchado antes de tu llegada, pero me fue imposible. Ahora comprendo con qué intención me retuvieron el príncipe y la princesa; por desgracia, eran dos viejos empeñados en proporcionarme la felicidad.

Tienes que perdonar a la princesa Catalina. Me conocía lo bastante poco para crearme digno de ti. La princesa sabía que eras muy piadosa; yo también lo era, antes de conocerte, de una piedad timorata e infantil. Claro que yo era católico y tú protestante; pero eso importaba tan poco... La princesa se figuraba que un nombre de rancio abolengo sería suficiente para compensar mi pobreza, y los tuyos también razonaron de la misma manera. Catalina de Mainau se compadecía, puede que exageradamente, de mi vida solitaria y a menudo difícil; temía para ti un marido vulgar; se creyó obligada, de alguna manera, a reemplazar a tu madre y ala mía. Y además, yo era pariente suyo; también quiso complacer a mi familia. La princesa de Mainau era sentimental: le gustaba vivir en una atmósfera un poco sosa de noviazgos alemanes; el matrimonio era para ella una comedia de salón sembrada de ternuras y sonrisas en la que aparece la felicidad al llegar el quinto acto. La felicidad no llegó, Mónica; pero quizás seamos incapaces de alcanzarla y no es culpa de la princesa de Mainau.

Creo haberte dicho que el príncipe me había contado tu historia. Creo que más bien la historia de tus padres, porque la de las jovencitas es siempre una historia interior; su vida es un poema antes de llegar a ser un drama. Escuché aquella historia con indiferencia, como uno de aquellos interminables relatos de caza y viaje en los que el príncipe se perdía, por la noche, después de largas cenas. Y era en verdad un relato de viajes, puesto que el príncipe había conocido a tu padre en el curso de una expedición, ya lejana, a las Antillas francesas. El doctor Thiébaud fue en célebre explorador; se había casado bastante mayor; tú habías nacido allí. Luego, tu padre, al quedarse viudo, dejó las Islas y habías vivido en una provincia francesa, en casa de unos parientes de tu padre. Habías crecido en un ambiente severo, pero muy cariñosos. Tu infancia fue la de una niña feliz. Ciertamente es, amiga mía, que no necesitas que te cuente tu historia: la sabes mejor que yo. Tu vida transcurrió, día tras día, versículo por versículo, a la manera de un salmo. No es necesario siquiera que la recuerdes: te ha hecho como eres, y tus gestos, tu voz, toda tú, dan testimonio de ese pasado tranquilo.

Llegaste a Wand un día, a finales del mes de agosto, a la hora del crepúsculo. No recuerdo exactamente los detalles de esa aparición; no sabía que entrabas, no sólo en aquella casa alemana, sino también en mi vida. Recuerdo solamente que ya había oscurecido y que las lámparas del vestíbulo aún no estaban encendidas. No era la primera vez que ibas a Wand, así que las cosas tenían para ti algo familiar; también ellas te conocían. Estaba demasiado

oscuro para que yo pudiera distinguir tus facciones; sólo me di cuenta de que estabas muy tranquila. Amiga mía, las mujeres son raras veces tranquilas: son plácidas o bien febriles. Tú eras serena a la manera de una lámpara. Conversabas con tus huéspedes, decías sólo las palabras que había que decir y hacías sólo los gestos que había que hacer; todo era perfecto. Aquella tarde estuve más tímido aún que de costumbre; hubiera descorazonado hasta a tu bondad. Sin embargo, no sentía antipatía hacia ti. Tampoco te admiraba: estabas demasiado lejos. Tu llegada me apreció simplemente un poco menos desagradable de lo que yo había temido al principio. Ya ves que te digo la verdad.

Trato de revivir, lo más exactamente posible, las semanas que nos llevaron al noviazgo. Mónica, no es fácil. Tengo que evitar las palabras felicidad o amor, porque, en fin, yo no te he amado. Sólo que llegaste a ser para mí algo querido. Ya te he contado lo sensible que yo era a la dulzura de las mujeres: sentía, al lado tuyo, un sentimiento nuevo de confianza y de paz. Te gustaban, igual que a mí, los largos paseos por el campo que no conducen a ninguna parte. Yo no necesitaba que condujeran a ninguna parte; me bastaba con sentirme tranquilo a tu lado. Tu natural pensativo congeniaba con la timidez: nos callábamos juntos. Luego, tu hermosa voz grave, un poco velada, tu voz bañada de silencio, me interrogaba suavemente sobre mi arte y sobre mí; yo comprendía que sentías hacia mí una especie de tierna compasión. Eras buena. Sabías lo que era el sufrimiento por haberlo curado y consolado muchas veces: adivinabas en mí al joven enfermo o al joven pobre. Tan pobre era, que no te amaba. Sólo te encontraba dulce. A veces se me ocurría pensar que hubiera sido feliz siendo tu hermano. No iba más lejos. No era lo bastante presuntuoso para imaginar otra cosa, o quizás, mi naturaleza se callaba. Cuando lo pienso, era ya mucho que se callara.

Eras muy piadosa. En aquella época, tu y yo creíamos todavía en Dios, en ese Dios que tantas gentes nos describen como si lo conocieran. Sin embargo, nunca hablabas de El porque lo sentías presente. Se habla sobre todo de los que se ama cuando están ausentes. Tú vivías en Dios. Te gustaban, como a mí, los viejos libros de los místicos, que parecen haber mirado la vida y la muerte a través de un cristal. Nos prestábamos libros. Los leíamos juntos, pero en voz alta, sabíamos demasiado bien que las palabras siempre rompen algo. Eran dos silencios acordes. Nos esperábamos al llegar al final de la página: tu dedo seguía los renglones de las oraciones empezadas como si se tratase de seguir un camino. Un día en que me sentí más valiente y tú más dulce que de costumbre, te confesé que tenía miedo de condenarme. Sonreíste gravemente para darme confianza. Entonces, bruscamente, aquella idea me pareció pequeña, miserable y muy lejos; comprendí, aquel día, la indulgencia de Dios.

Así que mis recuerdos son recuerdos de amor. Sin duda, no era una verdadera pasión, pero no estoy seguro de que una pasión me hubiera hecho mejor o más dichosos. Sin embargo, me doy cuenta demasiado bien de todo el egoísmo contenido en aquel sentimiento: me apegaba a ti. Apego: desgraciadamente, es la única palabra que conviene. Transcurrían las semanas: la princesa encontraba todos los días alguna razón para retenerte; creo que empezabas a habituarte a mí. Habíamos llegado a intercambiar nuestros recuerdos de infancia; conocí algunos dichosos gracias a ti; por mí, tú los conociste tristes: fue como si hubiéramos desdoblado nuestro pasado. Cada hora que pasaba añadía algo a aquella intimidad tímidamente fraternal. Me di cuenta, con temor, de que habían terminado por creernos novios.

Le abrí mi corazón a la princesa Catalina. No decírselo todo: insistí sobre la extremada indigencia en que se debatía mi familia; tú eras, por desgracia, demasiado rica para mí. Tu nombre, ya célebre en el mundo de la ciencia desde hacía dos generaciones, valía seguramente más que un pobre título de nobleza austriaca. En fin, me atreví a hacer alusión a faltas anteriores, de naturaleza muy grave, que me prohibían pretender tu amor, pero que

naturalmente no pude precisar. Esta semiconfesión, que fue para mí muy penosa, no consiguió más que hacerla sonreír. Mónica, ni siquiera me creyeron. Tropecé con la testarudez de gentes frívolas. La princesa se había propuesto unirnos de una vez por todas: tenía de mí una idea favorable que no volvió a modificar. El mundo, a veces demasiado severo, compensa su dureza con su falta de atención. No sospechan de nosotros, simplemente. La princesa de Mainau decía que la experiencia la había vuelto frívola: ni ella ni su marido me tomaron en serio. Les pareció que mis escrúpulos eran el testimonio de un amor verdadero; porque estaba inquieto, me creyeron desinteresado.

La virtud tiene sus tentaciones, como todo; mucho más peligrosas porque no desconfiamos de ellas. Antes de conocerte, yo soñaba con el matrimonio. Los que llevan una existencia irreprochable, sueñan quizá con otras cosas; nos compensamos así de no tener más que una naturaleza y de no vivir más que uno de los aspectos de la felicidad. Jamás, ni en los momentos de completo abandono, había tenido, en mi familia, admirables ejemplos de ternura femenina; mis ideas religiosas me llevaban a ver, en el matrimonio, el único ideal inocente y permitido. Imaginaba que una joven muy dulce, muy afectuosa y muy grave terminaría algún día por enseñarme a amarla. No había conocido, fuera de mi casa, a ninguna que se le pareciera: pensaba en las jovencitas de sonrisa pálida que vemos en las páginas de los viejos libros, Julie von Charpentier o Thérèse de Brunswick. Eran imaginaciones un poco vagas y desgraciadamente muy puras. Además, un sueño no es una esperanza; nos basta con él; incluso nos parece más dulce cuando lo creemos imposible, porque no sentimos la inquietud de tener que vivirlo algún día.

¿Qué debía hacer? No me atrevía a decírselo todo a una jovencita, aunque su alma fuera ya un alma de mujer. Me hubieran faltado los términos precisos; hubiera dado de mis actos una imagen debilitada o quizás excesiva. Decírtelo todo era perderte. Si consentías en casarte conmigo, a pesar de todo, era como echar una sombra sobre la confianza que tenías en mí. Yo necesitaba esa confianza para obligarme, de alguna manera, a no traicionarla. Me creía con derecho (deber, más bien) a no rechazar la única tabla de salvación que la vida me ofrecía. Sentía que había llegado al límite de mi valentía: comprendía que solo no me iba a curar nunca. En aquella época quería curarme. Termina uno por cansarse de vivir solamente formas furtivas y despreciadas de felicidad humana. Hubiera podido, con una sola palabra, romper aquel noviazgo silencioso; hubiera encontrado excusas; me habría bastado con decir que no te quería. Me abstuve de ello, no porque la princesa, mi única protectora, no me hubiera perdonado jamás, sino porque esperaba en ti. Me dejé deslizar, no digo hacia la dicha (amiga mía, no somos felices), sino más bien hasta este crimen. El deseo de obrar bien me condujo más bajo que los cálculos más inicuos: te robé tu porvenir. No te aporté nada: ni siquiera ese gran amor con el que contabas; lo poco que tenía de virtud fue cómplice de aquella mentira, y mi egoísmo fue todavía más odioso por creerse legítimo.

Tú me querías. No soy tan presuntuoso como para creer que estabas enamorada de mí. Aún hoy me pregunto cómo pudiste adoptarme así. Cada uno de nosotros sabe poca cosa sobre el amor, tal como lo entienden los demás. O bien, te gusté. Te gusté gracias a esas cualidades que crecen a la sombra de nuestros defectos más graves: la debilidad, la indecisión, la sutileza. Sobre todo, creo que me comprendiste. Había sido lo bastante imprudente para inspirarte piedad; porque habías sido buena durante algunas semanas, encontraste natural serlo durante toda la vida: creíste que bastaba con ser perfecta para ser dichosa; yo creí que para ser dichoso, bastaba con no ser culpable.

Nos casamos en Wand, un día de octubre bastante lluvioso. Yo hubiera preferido, Mónica, que nuestro noviazgo hubiera sido más largo; me gusta que el tiempo nos lleve, y que nos arrastre. No estaba exento de inquietud ante aquella existencia que se abría ante mí, piensa que tenía veintidós años y que tú eras la primera mujer que ocupaba mi vida. Pero a tu

lado todo parecía sencillo y yo te agradecía el que me asustaras tan poco. Los huéspedes del castillo se habían marchado uno tras otro. Nosotros también pensábamos marcharnos, irnos juntos. Nos casamos en la iglesia del pueblo, y como tu padre se había ido a una de sus lejanas expediciones, sólo asistieron a nuestra boda algunos amigos y mi hermano. Vino mi hermano, a pesar de que aquel desplazamiento le costara caro; me dio las gracias con una especie de efusión por haber, me dijo, salvado a nuestra familia. Comprendí que hacía alusión a tu fortuna y me dio vergüenza. No respondí nada. No obstante, amiga mía, ¿acaso hubiera sido yo más culpable sacrificándote a mi familia que sacrificándote a mí mismo? Era, recuerdo, uno de esos días mezcla de sol y de lluvia, que cambian fácilmente de expresión, igual que un rostro humano. Parecía como si quisiera hacer bueno y yo quisiera ser feliz. Dios mío, era feliz. Era feliz con timidez.

Y ahora Mónica, tendría que haber un silencio. Aquí debe acabar el diálogo conmigo mismo para comenzar el de dos almas y dos cuerpos unidos. Unidos o simplemente juntos. Para decirlo todo, amiga mía, haría falta una audacia que no quiero tener: haría falta sobre todo ser también una mujer. Quisiera tan sólo comparar mis recuerdos con los tuyos, vivir despacio aquellos momentos de tristeza o de penosa felicidad que quizás hemos vivido demasiado deprisa. Me vuelven a la memoria pensamientos casi desvanecidos, confidencias tímidas murmuradas en voz baja, música muy discreta que hay que escuchar atentamente para oírla. Pero voy a tratar, si es posible, de escribir también en voz baja.

Mi salud, que seguí siendo precaria, te inquietaba, tanto más que yo no me quejaba nunca. Te empeñaste en que pasáramos los primeros meses juntos en países de clima menos rudo: el mismo día de nuestra boda salimos para Méran. Luego, el invierno nos echó hacia otros lugares aún más cálidos; pude ver el mar por primera vez y el mar con sol. Pero eso no tiene importancia. Al contrario, hubiera preferido otras regiones más tristes, más austeras, en armonía con la existencia que yo me esforzaba en desear vivir. Aquellas comarcas llenas de despreocupación y felicidad carnal me inspiraban al mismo tiempo desconfianza y turbación; siempre sospechaba que en la alegría estuviera contenido el pecado. Cuanto más reprehensible me había parecido mi conducta, más me había agarrado a las ideas morales rigurosas que condenaban mis actos. Nuestras teorías, Mónica, cuando no son formadas por nuestros instintos, son las defensas que oponemos a éstos. Me molestaba que me llamaras la atención sobre el corazón demasiado rojo de una rosa, sobre una estatua o la belleza morena de un niño que pasaba; sentía una especie de terror ascético hacia aquellas cosas inocentes. Y por la misma razón, hubiera preferido que fueras menos hermosa.

Habíamos ido retrasando, por una especie de tácito acuerdo, el instante en que os perteneceríamos del todo uno al otro. Pensaba en ello con un poco de inquietud, y de repugnancia, también; me parecía como si aquella intimidad demasiado grande fuera a estropear o a envilecer algo. Y además, no podemos saber lo que harán surgir entre dos seres las simpatías o antipatías de los cuerpos. Quizás no fueran ideas muy sanas, pero en fin, eran las mías. Cada noche me preguntaba si me atrevería a ir a tu cuarto; no me atrevía. Por fin, tuve que hacerlo; sin duda, ya no hubieras comprendido. Pienso, con un poco de tristeza, que cualquier otro que no fuera yo hubiera apreciado mucho más la belleza (la bondad) de ese don, tan sencillo, de ti misma. No quisiera decir nada que pudiera herirte, ni aun menos hacerte sonreír, pero casi me pareció un don maternal. Más tarde, he visto a tu hijo acurrucarse junto a ti y he pensado que el hombre, sin saberlo, busca sobre todo en la mujer el recuerdo del tiempo en que su madre lo abrazaba. Por lo menos, esto es verdad tratándose de mí. Recuerdo, con infinita piedad, tus esfuerzos un poco inquietos para tranquilizarme, consolarme, alegrarme, quizás; y casi creo haber sido yo tu primer hijo.

Yo no era feliz. Es cierto que sentía alguna decepción por esa falta de felicidad; pero, en fin, me resignaba. Había renunciado a la felicidad o por lo menos a la alegría. Además, me decía que los primeros meses de una unión son raras veces los más dulces y que dos seres,

bruscamente unidos por la vida, no pueden fundirse tan rápidamente uno en el otro para no hacer más que uno solo. Hacen falta mucha paciencia y mucha buena voluntad. Las teníamos de sobra los dos. Me decía también, con más justeza todavía, que la alegría no nos es debida y que no tenemos razón al quejarnos. Todo vendría a ser lo mismo, si fuéramos razonables y quizá la dicha no sea más que una desgracia mejor soportada. Me decía todo esto porque el valor consiste en dar razón a los acontecimientos, cuando no podemos cambiarlos. Por tanto, que la insuficiencia esté en la vida o sólo en nosotros, es igual y sufrimos lo mismo. Y tú tampoco, amiga mía eras feliz...

Tenía veinticuatro años. Era poco más o menos la edad de mis hermanas mayores. Pero tú no eras, como ellas, apagada y tímida: había en ti una vitalidad admirable. No habías nacido para una existencia de pequeñas penas o pequeñas alegrías; había demasiada vida dentro de ti. De soltera, te había hecho del matrimonio, una idea muy severa y grave, un ideal más lleno de ternura que de amor. Y, sin embargo, sin saberlo tú misma, en el encadenamiento estrecho de aquellos deberes aburridos y a menudo difíciles, que debían según tú componer el porvenir, metías algo más. Las costumbres no permiten en la mujer la pasión; sólo se les consiente al amor; quizá por eso amen tan totalmente. No me atrevo a decir que habías nacido para una existencia de placer; hay algo culpable o por lo menos prohibido en esa palabra; prefiero decir, amiga mía, que habías nacido para conocer y para dar la alegría. Habría que tratar de volvernos lo bastante puros para comprender toda la inocencia de la alegría, esa forma llena de sol de la felicidad. Habías creído que era suficiente ofrecerla para obtenerla a cambio; no afirmo que hubieras sufrido una decepción: hace falta mucho tiempo para que un sentimiento, en una mujer, se transforme en pensamiento, pero estabas triste.

Así que no te amaba. Habías renunciado a pedirme ese gran amor, que sin duda ninguna mujer me inspirará jamás, puesto que no lo he sentido por ti. Pero eso tú lo ignorabas. Eras demasiado razonable para no resignarte a aquella vida sin salida, pero demasiado sana para no sufrir por ello. Siempre somos los últimos en darnos cuenta del sufrimiento que causamos, y, además, tú lo escondías. En los primeros tiempos te creí casi feliz. Te esforzabas por apagarte, para gustarme, llevabas trajes oscuros, de tela gruesa, que disimulaban tu belleza porque el menos esfuerzo por arreglarte me asustaba (ya entonces lo comprendías), como una ofrenda de amor. Sin estar enamorado, sentía por ti un cariño inquieto: la ausencia de un momento me entristecía todo el día y no hubiera podido saber si sufría por estar lejos de ti, o bien, simplemente, tenía miedo de estar solo. Yo mismo no lo sabía. Luego, en cambio, tenía miedo de estar contigo, de estar solos y juntos. Te rodeaba de una atmósfera de ternura enervante: te preguntaba veinte veces seguidas si me querías, aunque sabía demasiado bien que era imposible.

Nos esforzábamos por practicar una devoción exaltada que ya no correspondía a nuestras verdaderas creencias: aquellos a quienes todo falta se apoyan en Dios y es precisamente en ese momento cuando Dios les falta también. Con frecuencia permanecíamos hasta muy tarde dentro de esas viejas iglesias acogedoras y sombrías que visitábamos en los viajes; incluso habíamos cogido la costumbre de rezar en ellas. Volvíamos por la noche, apretados uno contra otro, unidos por lo menos por un fervor común. Encontrábamos pretextos para quedarnos en la calle mirando vivir a los demás; la vida de los otros nos parece siempre fácil porque no la vivimos. Sabíamos muy bien que nuestra habitación nos esperaba en alguna parte, una habitación de paso, fría, desnuda, abierta en vano sobre la tibieza de las noches italianas, sin soledad, pero sin intimidad. Porque compartíamos la misma habitación, era yo quien lo quería. Dudábamos todas las noches antes de encender la lámpara; su luz nos molestaba, pero no nos atrevíamos a apagarla. Me encontrabas pálido; tú no lo estabas menos; tenía miedo de que hubieras cogido frío y tú me reprochabas dulcemente haberme cansado con oraciones demasiado largas. Éramos el uno para el otro

de una desesperante bondad. En aquella época sufrías mucho de insomnio y a mí también me costaba dormirme; simulábamos la presencia del sueño para no tener que compadecernos uno a otro. O bien, llorabas. Llorabas lo más silenciosamente posible para que yo no me diese cuenta, y yo fingía entonces no oírte. Quizás valga más no darse cuenta de las lágrimas cuando no podemos consolarlas.

Mi carácter cambiaba; me volvía caprichoso, difícil, irritable, como si una de las virtudes me dispensara de todas las demás. Me molestaba que no consiguieras darme esa serenidad con la que yo había contado y que tanto me hubiera gustado, Dios mío, conseguir. Había tomado la costumbre de las semiconfidencias: te torturaba con confesiones siempre inquietantes por no ser completas. Encontrábamos en las lágrimas una especie de satisfacción miserable: nuestro doble desamparo terminaba uniéndonos tanto como la felicidad. Tú también te transformabas. Parecía como si yo te hubiera robado tu serenidad de otros tiempos, sin haber conseguido apropiármela. Tenías, como yo, impacencias y tristezas repentinas, imposibles de comprender; no éramos más que dos enfermos apoyándose uno en el otro.

Había abandonado completamente la música. La música formaba parte de un mundo en que me había resignado a vivir nunca más. Se dice que la música es el universo del alma; puede ser, amiga mía; pero esto prueba simplemente que el alma y el cuerpo son inseparables y que una contiene al otro como el teclado contiene a los sonidos. El silencio que sucede a los acordes no tiene nada que ver con un silencio corriente: es un silencio atento, es un silencio vivo. Un montón de cosas insospechadas bullen dentro de nosotros al amparo de ese silencio y nunca podemos saber lo que va a decirnos una música que acaba. Un cuadro, una estatua, incluso un poema nos presentan ideas precisas que, de ordinario, no nos llevan más lejos; pero la música nos habla de posibilidades sin límite. Es peligroso exponerse a las emociones que proporciona el arte cuando uno ha resuelto abstenerse de vivir. No soy de aquellos que le piden al arte la compensación del placer: me gustan uno y otro, y no uno por el otro, estas dos formas un poco tristes de todo deseo humano. Ya no componía. Mi impotencia ante la vida se extendía lentamente a aquellos sueños de vida ideal, porque una obra de arte, Mónica, es la vida soñada. Hasta la simple alegría que causa a todo artista el acabado de una obra se había desecado, o por decir mejor, congelado en mí. Quizás consistiera en que tú no entrabas en el mundo de la música: mi renuncia, mi fidelidad no hubieran sido completas si yo me hubiera introducido cada noche en un mundo de armonía en el que tú no entrabas. Ya no trabajaba. Era pobre y hasta mi matrimonio había podido vivir a duras penas. Ahora encontraba una especie de voluptuosidad en depender de ti, incluso de tu fortuna: esta situación, un poco humillante, era una garantía contra mi antiguo pecado. Mónica, creo que todos tenemos ciertos prejuicios muy extraños: es cruel traicionar a una mujer que nos ama, pero sería odioso traicionar a aquella cuyo dinero nos permite vivir.

Y tú, tan activa, no te atrevías a censurar en voz alta mi completa inactividad: temías que yo viera en tus palabras un reproche a mi pobreza.

El invierno y luego la primavera pasaron. Nuestros excesos de tristeza nos habían agobiado tanto como un libertinaje. Experimentábamos esa sequedad de corazón que sigue al abuso de las lágrimas, y mi descorazonamiento se podía parecer a la calma. Estaba casi asustado de sentirme tan tranquilo; creí haberme conquistado. ¡Ay, se asquea uno tan pronto de sus conquistas! Acusábamos de nuestro agotamiento al cansancio producido por los viajes: fijamos nuestra residencia en Viena. Yo sentía algo de repugnancia al volver a la ciudad en donde había vivido solo, pero tú tenías mucho interés, por delicadeza, en no llevarme lejos de mi país natal. Yo me esforzaba por creer que sería, en Viena, menos desgraciado que antes; era, sobre todo, menos libre. Te dejé escoger los muebles y las cortinas de las habitaciones; te miraba con un poco de amargura, ir y venir por aquellas habitaciones aún

desnudas en donde íbamos a encarcelar nuestra existencia. La sociedad vienesa se había prendado de tu belleza morena y pensativa: la vida mundana, de la que no teníamos costumbre, nos permitió olvidar durante algún tiempo lo solos que estábamos. Luego terminó por cansarnos. Poníamos una especie de empeño en soportar el aburrimiento de aquella casa demasiado nueva, en donde los objetos no traían ningún recuerdo y donde los espejos no nos conocían. Mi esfuerzo por la virtud y tu tentativa de amor ni siquiera conseguían distraernos.

Todo, hasta una tara, puede tener sus ventajas para un espíritu lúcido; nos procura una vista menos convencional del mundo. La vida menos solitaria y la lectura de algunos libros me enseñaron la diferencia que existe entre las conveniencias externas y la moral íntima. Los hombres no lo dicen todo, pero cuando, como yo, se han tomado por costumbre ciertas reticencias, se da uno cuenta rápidamente de que son universales. Yo había adquirido una aptitud singular para adivinar los vicios y las debilidades escondidas; mi conciencia al desnudo me revelaba la de los demás: Sin duda, aquellos a quienes yo me comparaba se hubieran indignado de semejante comparación; se creían normales, quizás porque sus vicios eran corrientes, pero ¿podía yo juzgarlos muy superiores a mí? Buscaban un placer sólo para ellos mismos, y la mayoría de las veces no deseaban la llegada de ningún hijo. Terminaba por decirme que mi único error (mi única desgracia, más bien) era ser, no el peor de todos, sino únicamente diferente. E incluso mucha gente se adapta a instintos parecidos a los míos; no es tan raro ni tan extraordinario. Me reprochaba el haber tomado por lo trágico unos preceptos desmentidos por tantos ejemplos —y la gran moral humana no es más que un gran compromiso—. Dios mío, no censuro a nadie: cada uno incuba en silencio sus secretos y sus sueños. Sin confesarlo nunca, sin confesárselo siquiera a sí mismo y todo se explicaría si no mintiéramos. Así que yo me había estado torturando por poca cosa, quizá. Puesto que ahora me conformaba a las reglas morales más estrictas, me otorgaba el derecho a juzgarlas y se hubiera dicho que mi pensamiento se atrevía a ser más libre desde que renunciaba a toda libertad en la vida.

No he dicho todavía cuánto deseabas tener un hijo. Yo también lo deseaba apasionadamente. Sin embargo, cuando supe su llegada, no sentí mucha alegría. Sin duda, el matrimonio sin hijos no es más que sensualidad permitida; si el amor a la mujer es más digno de respeto que el otro, es únicamente porque contiene el porvenir. Pero cuando la vida nos parece absurda y desprovista de objeto, no es precisamente el momento en que podemos sentir alegría de perpetuarla. Aquel niño, con el que los dos soñábamos, iba a venir al mundo entre dos extraños: no era ni la prueba ni el complemento de la felicidad, sino una compensación. Esperábamos vagamente que todo se arreglaría cuando estuviera aquí, y yo lo había querido porque tú estabas triste. Incluso, al principio, sentías timidez al hablarme de él; esto, más que cualquier otra cosa, demuestra lo distantes que estaban nuestras vidas. Y, sin embargo, aquel pequeño ser empezaba a ayudarnos. Pensaba en él un poco como si fuera el hijo de otro. Me gustaba la dulzura de aquella intimidad, otra vez fraternal, en donde la pasión no intervenía. Casi me parecía que eras mi hermana, o alguna próxima pariente que habían confiado y a la que tenía que cuidar, tranquilizar y quizás consolar de una ausencia. Habías terminado por querer mucho a aquella pequeña criatura que, por lo menos, vivía ya dentro de ti. Mi satisfacción, tan confesable, tampoco estaba desprovista de egoísmo: puesto que no había sabido hacerte dichosa, encontraba natural descargarme en el niño.

Daniel nació en junio, en Woroïno, en aquel triste país de la Montaña Blanca en donde yo también nací. Quisiste que viniera al mundo en aquel paisaje de otro tiempo; era para ti, como si me dieras más completamente a mi hijo. La casa, aunque restaurada y repintada, seguía siendo la misma: sólo que parecía mucho mayor, al ser nosotros menos. Mi hermano (ya no me quedaba más que un hermano) vivía allí con su mujer; era gente muy

provinciana a quien la soledad había hecho salvaje, y la pobreza, temerosa. Te acogieron con una amabilidad un poco torpe, y como venías algo cansada del viaje, te ofrecieron, como un honor, la habitación grande en donde había muerto mi madre y en donde nacimos todos nosotros. Tus manos, reposando sobre la blancura de las sábanas, casi me parecían las tuyas. Cada mañana, como en el tiempo en que yo entraba a ver a mi madre, esperaba que esos largos dedos frágiles se posaran sobre mi cabeza para bendecirme. Pero no me atrevía a pedirte semejante cosa: me contentaba con besarlos, simplemente. Y, sin embargo, me hubiera hecho mucha falta aquella bendición. La habitación era un poco sombría, con una cama presuntuosa entre unas cortinas muy gruesas. Supongo que muchas mujeres de mi familia se habían acostado en aquella cama para esperar al hijo o a la muerte, y que la muerte, quizás no es más que el alumbramiento de un alma.

Las últimas semanas de tu embarazo fueron penosas: una noche, mi cuñada vino a decirme que rezara. No recé: me repetía solamente que sin duda ibas a morir. Tenía miedo de no sentir una desesperación suficientemente sincera y sentía de antemano como un remordimiento. Además, tú estabas resignada. Resignada como los que no tienen mucho interés en vivir: yo veía un reproche en aquella tranquilidad. Quizás te dieras cuenta de que nuestra unión no estaba destinada a durar toda la vida y que terminarías por amar a otro. Tener miedo del porvenir nos facilita la muerte. Yo cogía entre mis manos las tuyas, siempre un poco febriles; nos callábamos los dos con un pensamiento común: tu posible desaparición. Tu cansancio era tal que ni siquiera te preguntabas qué sería del niño. Yo me decía, con rebeldía que la naturaleza es injusta con los que obedecen sus leyes más claras, puesto que cada nacimiento pone en peligro dos vidas. Todos hacemos sufrir cuando nacemos y sufrimos cuando morimos. Pero no es nada el que la vida sea atroz; lo peor es que sea vana y sin belleza. La solemnidad de un nacimiento, como la solemnidad de la muerte se pierden, para los que a ellos asisten, en detalles repugnantes o simplemente vulgares. No me dejaban entrar en tu habitación: te debatías entre los cuidados y las oraciones de las mujeres, y como las lámparas permanecían encendidas toda la noche, se notaba que esperaban a alguien. Tus gritos, que me llegaban a través de las puertas cerradas, tenían algo de inhumano que me causaba horror. No había pensado imaginarte, de antemano, en lucha con aquella forma animal del dolor y sentía rencor hacia mí por aquel niño que te hacía gritar. Así es, Mónica, como todo se enlaza, no sólo en la vida, sino también dentro del alma: el recuerdo de aquellas horas en que te creí perdida contribuyó quizás al volverme de nuevo del lado al que se inclinaban mis instintos.

Me hicieron entrar en tu habitación para enseñarme al niño. Todo, ahora, volvía a ser apacible; eras feliz, pero con una felicidad física hecha de cansancio y de liberación. Sólo el niño lloraba en brazos de las mujeres. Supongo que sufría por el frío, por el ruido de las palabras, las manos que lo manejaban y el contacto de los pañales. La vida acababa de arrancarlo a las cálidas tinieblas maternas: tenía miedo, supongo, y nada, ni siquiera la muerte, reemplazará para él aquel asilo primordial, porque la muerte y la noche son tinieblas frías, no animadas por el latido de un corazón. Me sentía tímido ante aquel niño al que tenía que besar. Me inspiraba, no ternura, ni siquiera afecto, sino una gran compasión, porque no sabemos nunca, ante un recién nacido, qué razones para llorar le proporcionará el futuro.

Yo me decía que tu hijo sería tuyo, Mónica, mucho más que mío. Heredaría de ti, no sólo la fortuna que desde hacía tanto tiempo faltaba en Woroïno (y la fortuna, amiga mía, no hace la felicidad, pero a menudo la permite), heredaría también tus hermosos ademanes tranquilos, tu inteligencia y esa clara sonrisa que a veces vemos en los cuadros franceses. Por lo menos, es lo que yo deseo. Por un ciego sentimiento del deber, me había hecho responsable de su vida, con el riesgo de que no fuera muy feliz por ser hijo mío y mi única disculpa era haberle dado una madre admirable. Y no obstante, también me decía que era

un Gera, que pertenecía a esta familia cuyos miembros se transmiten preciosamente pensamientos tan antiguos que hoy están ya fuera de uso, igual que los trineos dorados o los coches de caballos. Descendía, como yo, de antepasados de Polonia, de Poblía y de Bohemia; tendría sus mismas pasiones, sus desalientos súbitos, su amor a la tristeza y a los placeres extravagantes, todas sus fatalidades a las que habría que añadir las mías. Porque nosotros somos de una raza muy extraña en la que la locura y la melancolía alternan de siglo en siglo como los ojos negros y los ojos azules. Daniel y yo tenemos los ojos azules. El niño dormía ya en la cama; las lámparas que había encima de la mesa alumbraban confusamente las cosas, y los retratos de familia, que ya ni siquiera mirábamos a fuerza de haberlos visto, dejaban de ser una presencia para convertirse en una aparición. Así que la voluntad que expresaban las caras de mis antepasados había terminado por realizarse; nuestro matrimonio había tenido una finalidad: nuestro hijo. Gracias a él, aquella vieja raza se prolongaría en el porvenir. Ya importaba poco que mi existencia continuara. Ya no les interesaba a los muertos y podía desaparecer, morir o bien empezar a vivir otra vez.

El nacimiento de Daniel no consiguió acercarnos: nos había decepcionado tanto como el amor. No habíamos reanudado nuestra existencia en común y yo ya no me apretaba contra ti por las noches, como un niño que tiene miedo de las tinieblas. Volví a la habitación en que dormía cuando tenía dieciséis años. En aquella cama, en donde volvería a encontrar, junto con mis sueños de antaño, el hueco en otro tiempo formado por mi cuerpo, tenía la sensación de unirme conmigo mismo. Amiga mía, creemos sin razón que la vida nos transforma: lo que hace es desgastarnos y lo que desgasta en nosotros son las cosas aprendidas. Yo no había cambiado, sólo que los acontecimientos se habían interpuesto entre mí y mi propia naturaleza. Era el mismo que había sido, quizás de una forma aún más profunda ya que, a medida que van cayendo una tras otra nuestras ilusiones y nuestras creencias, conocemos mejor nuestro «yo» verdadero. Después de tanta buena voluntad y de tantos esfuerzos, terminaba por encontrarme igual que antes: con el alma un poco turbia, a la que dos años de virtud habían desengañado. Mónica, parecía como si aquel largo trabajo maternal que se había cumplido en ti te hubiera devuelto a tu sencillez primera: eras, igual que antes de casarte, un ser joven y ansioso de felicidad, pero más firme, más sereno y con menos estorbos en el alma. Tu belleza había adquirido una especie de apacible abundancia; ahora era yo quien me sabía enfermo y me felicitaba por ello. El pudor me impedirá decirte siempre la de veces que he deseado la muerte durante aquellos meses de verano y no quiero saber si, al compararte a otras mujeres más felices, has sentido rencor hacia mí por haberte estropeado el porvenir. Nos queríamos, sin embargo, tanto como se puede querer cuando no se siente pasión uno por el otro; el verano (era el segundo desde nuestro matrimonio) finalizaba algo apresuradamente, como ocurre en los países del norte; terminábamos de disfrutar en silencio el final de un verano y el de una ternura, que habían dado sus frutos y a los que no quedaba más que morir. Fue con esa tristeza como la música volvió a mí.

Una noche, en el mes de septiembre, la noche que precedió a nuestro regreso a Viena, cedí a la atracción del piano que había permanecido cerrado hasta entonces. Estaba solo, en el salón casi del todo a oscuras; era, ya te lo he dicho, mi última noche en Woroïno. Desde hacía algunas semanas, una inquietud física se había metido dentro de mí, fiebre, insomnios contra los que luchaba en vano y de los que echaba la culpa al otoño. Hay música fresca con la que uno se desaltera. Por lo menos, yo lo creía así. Me puse a tocar. Tocaba al principio con precaución, suavemente, delicadamente, como si tuviera que dormir a mi alma dentro de mí. Había escogido los trozos más serenos, puros espejos de inteligencia de Debussy y de Mozart y se hubiera podido decir que, como antes en Viena, le tenía miedo a la música turbia. Pero mi alma, Mónica, no quería dormir. O quizás ni siquiera fuera el alma. Tocaba vagamente, dejando que cada nota flotase en el silencio. Era

(ya te lo he dicho) mi última noche en Woroiño. Sabía que nunca más mis manos se unirían a aquellas techas, que nunca más se llenaría la habitación de acordes gracias a mí. Interpretaba mis sufrimientos físicos como un presagio fúnebre: había decidido dejarme morir. Abandonando mi alma sobre la cumbre de los arpegios, como un cuerpo sobre el reflujo de la ola, esperaba que la música me facilitara pronto la caída en el abismo y en el olvido. Tocaba con decaimiento. Me decía que mi vida estaba por rehacer y que nada cura, ni siquiera la misma curación. Me sentía demasiado cansado para aquella sucesión de recaídas y de esfuerzos igualmente agotadores y no obstante, disfrutaba ya, gracias a la música, de mi debilidad y de mi abandono. Ya no era capaz, como en otro tiempo, de sentir desprecio por la vida apasionada de la que, sin embargo, tenía miedo. Mi alma se había hundido más profundamente en mi carne y lo que yo sentía, remontando de pensamiento en pensamiento y de acorde en acorde, hacia mi pasado más íntimo y menos confesable era, el no haber cometido la culpa, sino el haber rechazado las posibilidades de felicidad. No era el haber cedido demasiadas veces, sino el haber luchado demasiado tiempo y demasiado duramente.

Tocaba con desesperación. El alma humana es más lenta que nosotros: esto me hace admitir que podría ser más duradera. Siempre se queda un poco atrasada con respecto a nuestra vida presente. Empezaba a comprender el sentido de aquella música interior, de aquella música llena de alegría y de salvaje deseo que yo había ahogado dentro de mí. Había reducido mi alma a una melodía única, plañidera y monótona; había hecho de mi vida un silencio del que sólo podía salir un salmo. No tengo la fe suficiente, amiga mía, para limitarme a los salmos, y si me arrepiento de algo, es de mi arrepentimiento. Los sonidos, Mónica, se esparcen en el tiempo, como las formas en el espacio y hasta que una música no cesa, permanece en parte, sumergida en el porvenir. Hay algo emocionante, para el que improvisa, en la elección de la nota que va a seguir. Empezaba a comprender aquella libertad del arte y de la vida que sólo obedecen a las leyes que les permiten desarrollarse. El ritmo sigue la subida de la turbación interior: esta auscultación es terrible cuando el corazón late demasiado aprisa. Lo que ahora nacía del instrumento dentro del cual yo había secuestrado todo mi ser durante dos años, ya no era el canto del sacrificio, ni siquiera el del deseo, ni el de la alegría ya cercana. Era el odio: odio hacia todo lo que me había falsificado y aplastado durante tanto tiempo. Yo pensaba, con una especie de placer cruel, que me estabas oyendo desde tu habitación; me decía que sería suficiente como confesión y explicación.

Y fue en aquel momento cuando se me aparecieron mis manos. Reposaban sobre las techas, dos manos desnudas, sin sortijas ni anillos, y era como si tuviera ante mis ojos a mi alma dos veces viva. Mis manos (puedo hablar de ellas puesto que son mis únicas amigas) me parecían de repente extraordinariamente sensitivas; incluso inmóviles parecían rozar el silencio como para incitarlo a revelarse en acordes. Reposaban, todavía un poco temblorosas del ritmo, y había en ellas todos los gestos futuros igual que dormían los sonidos dentro del teclado. Habían anudado alrededor de los cuerpos la breve alegría de los abrazos; habían palpado, en los teclados sonoros, la forma de las notas invisibles; habían, en las tinieblas, encerrado con una caricia el contorno de los cuerpos dormidos. A veces las había tenido levantadas en actitud de oración, a veces las había unido a las tuyas, pero de todo eso ya no se acordaban. Eran manos anónimas, las manos de un músico. Eran mi intermediario, a través de la música, ante ese infinito al que llamamos Dios, y, por las caricias, mi forma de contacto con la vida de los demás. Eran manos borrosas, tan pálidas como el marfil sobre el que se apoyaban, porque yo las había privado del sol, de trabajo y de alegría. Y sin embargo, eran unas sirvientas fieles; me habían alimentado, cuando la música era mi *gana-pan*; y empezaba a comprender que hay algo de belleza en vivir del arte, puesto que nos liberamos de todo lo que no lo es. Mis manos, Mónica, me liberarían

de ti. Podrían tenderse de nuevo sin obstáculos. Mis manos libertadoras me abrían la puerta de salida. Quizás, amiga mía, sea ridículo contarlo todo, pero aquella noche, torpemente, igual que se sella un pacto con uno mismo, besé mis dos manos.

Si paso rápidamente sobre los días que siguieron es que mis sensaciones no conciernen ni conmueven a nadie más que a mí. Prefiero guardarme dentro mis recuerdos íntimos, puesto que no puedo hablar de ellos delante de ti, a no ser con las precauciones de pudor que se parece a la vergüenza y además mentiría, si mostrara arrepentimiento. Nada iguala la dulzura de una derrota que sabemos definitiva: en Viena, durante los últimos días soleados del otoño, tuve la maravilla de recobrar mi cuerpo. Mi cuerpo, que me cura de tener un alma. Hasta ahora, sólo has visto de mí los temores, los remordimientos y los escrúpulos de conciencia, ni siquiera de la mía, sino de la de los demás que yo tomaba por guía. No he sabido o no me he atrevido a decirte la adoración ardiente que me hacen sentir la belleza y el misterio de los cuerpos, ni cómo, cada uno de ellos, cuando se ofrece, parece aportarme un fragmento de juventud humana. Amiga mía, vivir es difícil. Ya he edificado bastantes teorías morales como para no construir otras y contradictorias: soy demasiado razonable para creer que la dicha sólo yace al borde de la culpa, y el vicio, no más que la virtud, no puede dar la alegría a los que no la llevan dentro, sólo que, incluso prefiero la culpa (si de culpa se trata) a una denegación de mí tan próxima a la demencia. La vida me ha hecho lo que soy, prisionero (si se quiere) de instintos que yo no he escogido pero a los que me resigno, y esta aceptación, espero, a falta de felicidad, me procurará la serenidad. Amiga mía, siempre te he creído capaz de comprender, *lo que es más difícil que perdonar*.

Y ahora, te digo adiós. Pienso con infinita dulzura en tu bondad femenina, más bien maternal: te dejo con pena, pero envidio a tu hijo. Eras el único ser ante quien yo me sentía culpable, pero el escribir mi vida me confirma a mí mismo; termino por compadecerte sin condenarme con severidad. Te he traicionado, pero no he querido engañarte. Eres de las que escogen siempre, por deber, el camino más estrecho y más difícil; no quiero, implorando tu compasión, darte un pretexto para sacrificarte más. No sabiendo vivir según la moral ordinaria, trato, por lo menos, de estar de acuerdo con lamía. Es en el momento en que uno rechaza todos los principios cuando conviene proveerse de escrúpulos. Había contraído contigo compromisos imprudentes y la vida se encargó de protestar: te pido perdón, lo más humildemente posible, no por dejarte, sino por haberme quedado tanto tiempo.

Lausanne,

31 agosto 1927 – 17 septiembre 1928

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>